

**Justicia
Viviente
y el
Sábado de Dios**



**Justicia
Viviente
y el
Sábado de Dios**

F. T. Wright

Publicado por la:

COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:

Editorial Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft

Waldstrasse 37

D-57520 Dickendorf

Alemania

Título original en inglés:

Living Righteousness and the Sabbath of God

Primera edición:

Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre

Fuente de ilustraciones:

La portada Bavaria Bildagentur, 8035 Gauting

Página 79, 133 . . . Bavaria Bildagentur, 8035 Gauting

(Living Righteousness and the Sabbath of God,
Spanish edition)

La portada:

El infinito universo está lleno de las maravillas del poder creador de Dios. Complejos sistemas galácticos se lanzan en prodigiosas velocidades a través del espacio, no obstante, son mantenidos por el curso y plan más preciso. Ninguno puede contemplar estas maravillas sin ser profundamente impresionado con la magnitud de la omnipotencia de Jehová. He aquí el Ser único, tan infinitamente completo y plenamente perfecto que en ninguna manera necesita nunca modificar sus pensamientos, propósitos o proceder.

En la plenitud de su sabiduría total, El unió el inapreciable don del sábado a su poder, a fin de que en dondequiera que el uno se halle el otro esté también presente.

Por lo tanto, cuando por su omnipotencia establece su justicia en el creyente, El pone allí también el sábado, porque los dos son eternamente inseparables. Es por esta razón que “queda un reposo para el pueblo de Dios” (Hebreos 4:9).

Indice

1	El Símbolo del Poder de Dios	7
2	Tres Días y Tres Noches	37
3	La Resurrección y el Sábado	73
4	Reposo de Dios.	93
5	Un Nuevo Cuerpo y un Nuevo Hogar	107
6	La Bandera de Dios y la Bandera del Diablo . .	123
7	El Sello de Dios	148
8	El Fin del Conflicto	162

El Símbolo del Poder de Dios

Antes de exponer lo que este libro es, sería bueno declarar lo que él no es.

En los siglos pasados, muchos escritores y predicadores proclamaron la importancia, perpetuidad y obligación de la guarda del sábado. La clase y carácter de los argumentos usados, eran un verdadero reflejo de la religión que ellos conocían. Mientras, por una parte, muchos eran convencidos por ellos, otros rechazaban al calificar el sábado como un yugo de servidumbre impuesto sobre el judío durante la dispensación de la ley. Intensos y animados debates eran así generados entre estos dos grupos, sin que ninguno de los dos bandos obtuviera el poder.

Este libro no es un repaso de esos antiguos y formales argumentos sea en la misma o en una nueva manera. El presenta un nuevo enfoque completamente diferente, nacido de una vida y mensaje religiosos que, habiendo rehuido esa justicia que es de la ley, ha aceptado la justicia de Dios que es por la fe. Emergiendo de la gloria de una verdad viviente y efectiva, brilla sobre el sábado de tal modo que no es visible para aquellos interesados

en pruebas legales y académicas para la guarda de un día particular contra otro.

De este modo, no es una revisión o una mejora sobre las proposiciones del pasado. Es una revelación enteramente nueva, iluminada por una candente y nueva experiencia, y sustentada por los principios que forman el carácter del infinito amor de Dios.

Para los pioneros del gran Movimiento Adventista fue restaurada la verdad del sábado después de siglos de opresión y dominio papal durante el cual el primer día fue sostenido como el día de descanso y regocijo. Esos hombres conocieron y experimentaron el Evangelio de Cristo Jesús, el poder de Dios para salvar del pecado. Conocieron la conexión entre la omnipotencia de Dios y su símbolo suministrado en el sábado. Cuando ellos predicaron sobre la gran señal de Dios, fue la predicación del verdadero Evangelio lo que inspiró los corazones y las mentes con el dote espiritual.

Pero, las generaciones siguientes permitieron a sí mismas ser destituidas del Evangelio vivo. Alrededor de 1850, se escribió para ellas este testimonio:

“Me fue mostrado que el testimonio a la iglesia de Laodicea se dirige al pueblo de Dios del tiempo presente, . . .” (*Testimonies*, tomo 1, pág. 186). Esta es una aterradora revelación de la destitución a la que ellos llegaron inmediatamente después de la apertura del mensaje del tercer ángel.

Los laodicenses no tienen el oro que es la fe que obra por amor y purifica el alma; el vestido blanco simbolizando la justicia de Cristo; ni el colirio del discernimiento espiritual. Si ellos carecían de estas cosas, entonces ciertamente no tenían el Evangelio de Cristo, porque es imposible tener el Evangelio y ser laodicense. Que cayeran en esta triste condición era suficiente malo. Lo que fue realmente serio era que ellos no conocían su condición real, sino que se consideraban ser todavía poseedores del Evangelio vivo de salvación.

Así que, ellos no dejaron de ser religiosos. Todas las formas fueron mantenidas, las regulaciones exteriores observadas cuidadosamente. Pero la justicia de Dios que es por la fe, había sido reemplazada con la justicia que es de la ley. Esto es lo que simboliza producir a Ismael en lugar de Isaac como Pablo testifica en *Gálatas* 4. Esta es la religión que Pablo conoció como un fariseo, pero que él rehuyó semejante a la plaga cuando sus ojos fueron abiertos para ver la verdad real y viviente como está en Jesús.

Anterior a esta experiencia, Pablo, como los judíos, conocieron el sábado solamente como una obligación fría y muerta, un yugo mortificante de servidumbre y restricción. Así fue con los laodicenses. Ellos sólo lo conocieron también como un punto de la ley y lo defendieron desde esta posición. Esto no fue enteramente inefectivo. Pruebas incontrovertibles fueron presentadas para eso y

aceptadas por los que tenían una mente para las que tales argumentos tuvieron una atracción.

Pero pronto vino el tiempo cuando las pruebas ofrecidas dentro de un marco legal se agotaron. El único recurso dentro de estas limitaciones es repetir las evidencias mismas vez tras vez, siempre tratando de inyectar algo de frescura y vida en ellas al inventar nuevas maneras de decir las mismas y viejas cosas.

Dios nunca permite que su pueblo marche para siempre en esta triste situación sin darle la oportunidad de ver y regresar a la libertad, frescura y vitalidad del Evangelio, la justicia que es de Dios por la fe. Esta presentación siempre produce una crisis para la iglesia, porque la mayoría prefiere permanecer donde ellos están, mientras la minoría, viendo la gloria de un nuevo día, anhelan alcanzar y asirse del tesoro inestimable. La separación llega a ser inevitable, pero para la última clase, el sábado entonces tiene un aspecto completamente diferente. Las antiguas pruebas legalistas se olvidan. Ellas desaparecen con la religión a la que pertenecían.

Nosotros vivimos hoy en la aurora de un nuevo día. Dios ha restaurado el Evangelio viviente y salvador de Cristo, el poder mismo de Dios para salvación del pecado a todos los que lo reciben. El ha reengastado la joya del sábado, lo ha hecho ser un objeto de grandeza y admiración, y lo ha llena-

do de gozo, reposo y recreación. Para impartir algo de esta luz se produce este pequeño libro.

No se pretende con esto que todo lo que ha de ser entendido sobre el sábado se establece en estas páginas. Lejos de esto. Es solamente la fijación de ciertos principios básicos de comprensión, aceptación, y la aplicación de lo cual habilitará a cada estudiante para ir más allá de la luz presentada aquí. Que esto sea para ti la puerta abierta en la hermosa y extensiva exploración de la verdad.

Se dan las razones

Dios ha dado el sábado a sus hijos y les ordena observar su santo día, pero no exige esto sin dar valiosas razones para eso. La instrucción que con más frecuencia se cita para este efecto se halla en Exodo 20:8-11. Esto junto con otras referencias serán reexaminadas ahora, no para repetir las pruebas previamente obtenidas de estos textos, sino para ver mayor luz espiritual contenida en eso.

“Acuérdate del día de reposo* para santificarlo”.

“Seis días trabajarás, y harás toda tu obra;

“Mas el séptimo día será reposo* para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo,

* Aquí equivale a sábado.

ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas”:

Hasta aquí, la explícita orden ha sido dada detallando la observancia del día. Las razones para esto son las siguientes:

“*Porque* en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto Jehová bendijo el día del reposo* y lo santificó”.

La declaración de Dios aquí es muy explícita, pero ella puede ser seriamente mal entendida. Habrá algunos que interpretarían estas palabras como sigue:

Debido a que Dios es el gobernante supremo del universo en virtud al hecho de que lo llamó a la existencia, El tiene el derecho de exigir adoración de sus seres creados. Para suministrar los medios de expresar esa reverencia, les pidió observar un cierto día de la semana. El sábado, entonces, es un plan por el cual Dios impone sobre sus súbditos una expresión de lealtad por parte de ellos. De este modo, los que respetan y adoran a Dios se distinguen de los que no lo hacen.

Pero, los que comprenden el carácter de Dios, sabiendo que es un Dios de infinito e inalterable amor, ven este concepto como una ilustración de un Dios egoísta, que hace las cosas para satisfacción de su propio ego. Por consiguiente, ellos re-

* Aquí equivale a sábado.

chazan tal concepto, creyendo que hay un significado más profundo y más hermoso para estas palabras de lo que parece tener evidencia inmediata. No es posible la percepción de esto al considerar solamente los textos citados antes. Tiene que ser una comparación cuidadosa de texto con texto.

En *Deuteronomio* 5:6-21, están expuestos los diez mandamientos tan completa y claramente como lo están en *Exodo* 20. El sábado o cuarto mandamiento está registrado en los versículos 12-15 y se expone como en *Exodo*, excepto que no hay orden del Señor de guardarlo por ser el creador de los cielos y la tierra. En cambio dice:

“Y acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto, y que Jehová tu Dios te sacó de allá con mano fuerte y brazo extendido: *por lo cual Jehová tu Dios te ha mandado que guardes el día del reposo*”.*

Parece ahora que Dios está usando el sábado como el medio por el cual su pueblo ha de expresar su gratitud por su poderosa liberación de la esclavitud egipcia. Esto indujo a algunos a concluir que, puesto que ellos nunca fueron esclavos en Egipto, el sábado no es para ellos. Argumentan que fue solamente un requerimiento para los judíos.

Pero se da, sin embargo, otra razón en el Antiguo Testamento para la observancia del sábado:

* Aquí equivale a sábado.

“Y díles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico.

“Yo soy Jehová vuestro Dios; andad en mis ordenanzas, y guardad mis derechos, y ponedlos por obra:

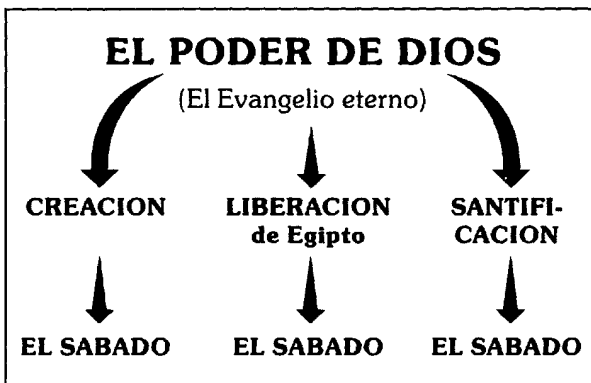
“Y santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros para que sepáis que yo soy Jehová vuestro Dios”. (*Ezequiel 20:12, 19, 20, V. A.*)

Aquí entonces está lo que parece ser una tercera razón para la observancia del sábado. Esta difiere de las otras dos, estableciendo claramente que el sábado es un símbolo o señal del don de santificación de Dios.

No tres, sino una

Tres pasajes separados han sido citados del Antiguo Testamento. Entonces cada uno da una razón para santificar el día sábado, con todo, ni uno de ellos dice lo que los otros dicen. Por lo tanto, parece que hay tres razones diferentes para la observancia sabática. Pero estas distinciones no son reales. Ellas son únicamente aparentes, porque cuando es correctamente entendido será visto que no son tres —ellas son solamente una.

Esto es debido a que el sábado es solamente el símbolo de estos eventos como, sucesivamente, ellos son la manifestación de otra cosa común a to-



dos ellos. Por lo tanto, el ojo de la fe y percepción espiritual deben mirar más allá, por encima del evento histórico del cual el sábado es la señal establecida, para ver realmente de qué es el sábado una memoria.

¿Entonces cuál es el común denominador?

Dentro de cada uno de estos grandes logros estaba la presencia viva del poder de Dios, sin lo cual ellos nunca habrían sido. De El solo pudo ese inmenso volumen de vida, amor y poder fluir con lo cual los mundos y todo lo que vive en ellos podían ser llamados a la existencia activa. En los días de la cautividad de Israel en Egipto, no había una nación sobre la faz de la tierra que pudiera ser igual al poderoso Faraón, ni siquiera hubo nadie que estuviera interesado en intentar hacerlo. Los hijos de Abrahám no podían buscar ayuda en recursos

humanos. Sólo en Dios descansaba su esperanza. De igual manera, está fuera de los poderes otorgados al hombre cambiar el corazón y santificar la vida. Esto sólo puede ser realizado por el derramamiento de su vida misma en el individuo necesitado. Lo mejor que el hombre puede hacer es una mejora de la conducta externa que algunos aceptan como siendo la cosa real.

Sin embargo, no es suficiente ver que estos tres eventos tienen en común el hecho de que cada uno es una manifestación del gran poder de Dios. No solamente esto es así, sino mucho más que eso, ellos son tres pruebas del trabajo idéntico. Dios podía muy bien hacer muchas cosas diferentes con su poder, pero esto no es verdad en los casos bajo estudio aquí. Estos eventos son la obra similar hecha por el poder mismo. Esto es muy importante con relación a nuestra investigación de la verdad real de la justicia viva y el sábado de Dios.

El Nuevo Testamento—la continua revelación

Llenando la distancia total del tiempo y espacio eternos está el potente e infinito poder de Dios. Es la posesión y ejercicio de eso en absoluta justicia lo que lo pone preeminentemente por encima y aparte de todas sus criaturas y obra creadora, El siendo la Fuente y las criaturas los receptores y canales. Sin ello nunca existiera una tierra o cie-

lo o ninguna otra cosa. El llamó los mundos a la existencia por la poderosa palabra, "Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió" (*Salmo 33:9; Hebreos 1:3*).

Las primeras revelaciones al hombre de ese poder están registradas en el Antiguo Testamento, tres de los ejemplos más extraordinarios ya citados en este libro —la creación, la liberación de Egipto y la santificación del alma. Cada una de estas maravillas pudieron ser logradas sólo por el poder de Dios, y el sábado es el símbolo de la obra de ese poder en cada caso. Por este medio el Señor nos enseñaría que en dondequiera que el poder de Dios está, el sábado ciertamente sigue, porque, el sábado habiendo sido hecho el símbolo o monumento de lo primero, son eternamente inseparables. Para que el sábado desaparezca, el poder de Dios tiene que dejar de existir. Si esto sucediera, entonces todo el universo de Dios desaparecería.

Alguno puede objetar que el sábado no está específicamente vinculado a toda manifestación del poder de Dios tales como la división de las aguas del mar Rojo y el Jordán, la detención del sol en los días de Josué, y otros eventos semejantes. Por lo tanto, puede ser discutido el argumento de que en dondequiera que el poder de Dios se halle, el sábado de Dios está, y se niega el hecho de que no hay tales y específicos vínculos establecidos en estos otros casos como lo hay con los tres ya mencio-

dados —la creación, la liberación de Egipto y la obra de santificación.

Pero, la manera de Dios no es repetirlo muchas veces. El establece el principio en claro lenguaje y entonces deja para que discernamos la aplicación del principio a otras situaciones similares. Toda otra manifestación del poder de Dios en el Antiguo Testamento es únicamente una repetición de la obra misma como se halla en los otros tres casos. Por ejemplo, fue por su poder creador que las aguas del mar Rojo y el río Jordán fueron divididas. Por ese poder creador el sol se detuvo. Así como los sacó de Egipto, así también los liberó de sus opresores en los días de los jueces y más tarde de Babilonia.

Por lo tanto, si ellos iban a guardar el sábado porque el Señor había hecho el cielo y la tierra, ciertamente lo iban a guardar porque había separado las aguas del mar Rojo y el Jordán, y había detenido el sol. Nuevamente, si iban a guardar el sábado porque los había liberado de Egipto, ciertamente lo iban a hacer porque los libraría de los moabitas, edomitas, y babilonios. No es necesario que esto se vuelva a repetir respecto a cada situación porque, una vez el principio es establecido, ha de ser reconocido como teniendo conexión idéntica con cada evento subsecuente.

Esta es la gran verdad de Dios como se encuentra en el Antiguo Testamento, que en dondequiera que ha de ser hallado el poder de Dios, el sába-



*Una vista vespertina de una montaña volcánica
en Nueva Zelandia. Tan majestuosas escenas
son revelaciones del poder de Dios en la
creación, de cuyo poder, el sábado
es el símbolo inseparable.*

do siempre estará. Esta es una verdad establecida en la justicia eterna de Dios, y, tan cierto como Dios es el Dios invariable, ella nunca puede perecer.

Debido a que esto es así, ha de ser esperado que el Nuevo Testamento es un despliegue más de las verdades y principios idénticos. El poder de Dios que sigue en la dispensación después que termina el Antiguo Testamento, es el poder mismo todavía. Lo que es muy afortunado es que ni ha cambiado ni disminuido. Tan seguro de que esto es así, el sábado en el Nuevo Testamento tiene que permanecer como el símbolo de ese poder y el monumento de sus obras.

Redención es creación repetida

El Nuevo Testamento es la continuación de la revelación del Evangelio de Cristo Jesús. Esto es generalmente reconocido por todos, aun cuando hay muchos que consideran el Antiguo Testamento como siendo solamente la era de la ley durante la cual la salvación era para los que cumplían las obras de la ley. Correctamente entendido, el Antiguo Testamento es ciertamente la manifestación del Evangelio como el Nuevo. Por lo tanto, el sábado tiene que retener la posición y relación mismas en el Nuevo como en el Antiguo.

El Nuevo Testamento es el Evangelio de Cristo

y el Evangelio de Cristo es el poder de Dios. Pablo establece esto muy claramente.

“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente y también al griego” (*Romanos 1:16*).

Pablo podría haber descrito el Evangelio como “buenas nuevas”, “una doctrina”, “un credo”, o un número de otras cosas, pero él no usó ninguna de estas definiciones. En cambio, lo declaró ser “el poder de Dios”. Ni aun él dijo que era uno de los poderes de Dios, un aspecto de su armonía, sino que era el poder de Dios mismo. Es el poder mismo a través del cual la creación fue efectuada, Israel fue liberado de Egipto, y el pueblo en el Antiguo Testamento fue santificado. Es la fuente y la suma de todos los grandes poderes contenidos en el universo y es de tal magnitud en cuanto a estar fuera de los cálculos del entendimiento humano. Es ese poder por el cual en el principio este mundo fue llamado a la existencia y que ahora está dedicado a salvar a los que se arrepienten del pecado.

La obra de salvación no es diferente de la obra de la creación original. No es otra cosa que la repetición de la original. Esto ha llegado a ser necesario debido a la destrucción de la primera, no por ninguna imperfección inherente o falta en ella, sino por la introducción del destructor, el pecado. Dios no hizo una creación indestructible, porque eso es imposible. Ni la perfección produce inmuni-

dad a la eliminación. En cambio, cuanto más perfecto, fino y hermosamente se fabrica el artículo, tanto más fácilmente se destruye. Por ejemplo, el pedazo de la fina porcelana se romperá sólo bajo el menor golpe, mientras el vaso hecho de hierro resistirá muchos más golpes.

A causa de que la primera creación fue perfecta en el sentido absoluto, ella no podía ser mejorada. Cualquier modificación, cambio, adición o supresión, sería admitir que allí había deficiencia en la original y que había de ser rectificada en la restauración. Por lo tanto, la segunda creación es la perfecta y completa restauración de la primera. Para efectuarla son usados el poder y proceso similares como fue en la original. Esto tiene que ser entendido porque de otro modo no será posible reconocer verdaderamente lo que la salvación es, ni percibir justamente lo que Satanás está buscando insinuar contra Dios cuando él, el diablo, exige cambios en los caminos de Dios.

Cuando Dios planeó la introducción de esta tierra, su vegetación, y sus habitantes en el universo, principió con nada en absoluto. Donde Dios planeó ubicar la tierra era un vacío oscuro, mientras los materiales para su construcción ni aun existían.

Este es el punto mismo de inicio que El establece para efectuar la nueva creación. El no toma la que ya existe y la reconstruye, repara o la modifica en una vida aceptable e idónea para el reino

eterno. Esta no es la forma de Dios ni tales enseñanzas hallan apoyo en las Escrituras.

En el principio, el Señor primero hizo un hermoso hogar en la forma de esta tierra. Esta terminada, procedió a la tarea de hacer un cuerpo para el hombre, después de lo cual infundió en él poderes físico, mental y espiritual que convirtió la forma inerte en un ser humano vivo, pensador e inteligente. De este modo, la obra de creación puede ser dividida en tres facetas diferentes y progresivas. Esto ayuda grandemente a discernir el desarrollo progresivo en la restitución de la original porque en esto hay tres pasos también.

La única diferencia es que mientras la obra original fue realizada en el ciclo corto de una semana, la restauración ocupa un período mucho más largo. Esto es así, no porque cada proceso llegue a ser un dilatado proceder, sino porque el tiempo que transcurre entre cada paso es grandemente extendido. De este modo, mientras la recreación de la imagen de Dios en el hombre es la obra para ser efectuada en el punto del tiempo cuando el alma arrepentida se aferra a Cristo como su Salvador del pecado, el don de un nuevo cuerpo compuesto de carne inmortal y sin pecado tiene que esperar hasta el segundo advenimiento de Cristo, mientras la hechura de un nuevo cielo y tierra no será sino hasta el final del milenio. Desde el punto donde Adán confesó su pecado y recibió un nuevo corazón hasta que la obra de la segunda crea-

ción sea finalmente completada en todo aspecto, transcurrirán cerca de siete mil años. Progresivamente para otros a lo largo del camino, el tiempo que transcurre será corto, pero en cada caso, ha de ser más largo de lo que fue en el Edén.

La prolongación del período de tiempo entre cada obra creadora no hace ninguna diferencia de la obra en sí misma. Cuando Dios llame la tierra nueva a la existencia, lo hará exactamente como lo hizo en la primera creación. Lo mismo es verdad en la hechura de los cuerpos inmortales con los que los santos serán eternamente vestidos y los nuevos corazones que son recibidos mientras están todavía en esta tierra.

Sin duda, esto será mejor visto al examinar la recreación de la primera tierra. Al final del milenio, Cristo descenderá a la tierra, la ciudad santa lo seguirá, y los impíos se levantarán y se reunirán belicosamente alrededor de la ciudad donde afrontarán su última prueba en la que no hallarán opción más que aceptar la culpabilidad. Entonces, cuando vean que Satanás es culpable de su situación, ellos se lanzarán locamente sobre él. Esto será acompañado por el descendimiento del pavoroso fuego descrito en *Apocalipsis* 20 que reducirá la tierra en un vacío como estaba en el primer día de la semana de creación.

Será solamente cuando la vieja haya desaparecido, que el Señor creará la nueva como está escrito:

“ Vi un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más” (*Apocalipsis* 21:1).

Este pasaje comprueba que la vieja tierra primero pasará, porque es a causa de haber pasado la antigua que el Señor hará la nueva tierra. Cuando lo haga, entonces una vez más, “él dijo, y fue hecho; él mandó y existió” *Salmo* 33:9, del mismo modo, Dios hablará otra vez y será hecho; mandará y existirá.

Ninguno de nosotros estuvimos presentes en la primera creación, pero cada uno de los redimidos será espectador cuando el Señor efectúe el trabajo de la restauración. ¡Con qué admiración y reverencia nos levantaremos para ver en forma perfecta aparecer la tierra por la orden de Dios, recibiendo su vestido verde de plantas y árboles, observar los animales, aves y peces, y saber que nunca jamás puede ser otra vez destruida! ¡Qué espectáculo increíble será!

Pero lo que es verdad con respecto a la formación del nuevo cielo y nueva tierra será igualmente verdad en el don del nuevo cuerpo. Cuando Dios comenzó este trabajo en el jardín del Edén, inició con el polvo de la tierra del cual formó el cuerpo del primer hombre. Esos cuerpos, con excepción de los que serán trasladados, han regresado al polvo. Ellos perecerán totalmente cuando Cristo aparezca en la mañana de la resurrección. Entonces, exactamente como en el Edén Dios creó el cuerpo

del hombre del polvo, llamará del polvo de la tierra otra vez a los santos que duermen. En el caso de los que son trasladados, el viejo cuerpo de carne y sangre que no puede heredar el reino (véase *1 Corintios 15:50*; *2 Corintios 5:1*), es instantáneamente reemplazado por el nuevo. Esto acontecerá “en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (*1 Corintios 15:52*).

Aun cuando esto es una realización instantánea, el hecho permanece todavía de que lo viejo pasa antes de ser efectuado lo nuevo. Esto certifica que el Señor inicia en el mismo punto en ambos casos, en la creación original y en la restauración.

En la obra de conversión cuando el Señor recrea su imagen en el alma, el proceder similar es seguido. “La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y una vida enteramente nueva” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 143).

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (*2 Corintios 5:17*).

Lamentablemente, muchos fallan en comprender el hecho de que ser nacido otra vez no es una modificación o mejora de lo que ya existe. Como un resultado, están los que creen que justicia es un asunto de la acción correcta de la voluntad para convertir la vida y poder existentes del hombre al servicio a Dios. Pero esto no es así. La vida presen-

te tiene que ser erradicada y reemplazada con la nueva creación. Nada menos que esto es redención.

El hecho de que hayan batallas para pelear con la vieja carne y sangre de la naturaleza humana, así como las correcciones para ser hechas por la educación después de ser uno nacido de nuevo, motiva a un gran número a pensar, después de todo, que no hay una nueva creación. Es verdad que no lo ha sido, en cuanto al cuerpo se refiere. Este no será recreado hasta la segunda venida de Cristo. Pero la naturaleza espiritual en el hombre es recreada en el principio mismo de su experiencia cristiana. Es la formación otra vez en el hombre de aquello que fue hecho en la primera creación. Esto es reemplazo y restauración.

El Nuevo Testamento enseña estas grandes verdades, porque es el mismo mensaje de esta parte de la Palabra de Dios. Por lo tanto, tan ciertamente como *Génesis* es el registro del poder de Dios en la creación de la tierra y todo lo que hay en ella, así el Nuevo Testamento es el registro y promesa de Dios hacer otra vez las cosas idénticas. No hay ningún cambio entre la primera ejecución y la segunda. La realización en ambos casos es por el poder de Dios. Esto siendo así, entonces eso que fue el símbolo de ese poder y el monumento de la manifestación de eso en la primera creación, tiene que permanecer como el símbolo del poder y monumento de su trabajo en la segunda creación. Sugestionar que el sábado dejó de

ocupar esta posición y cumplir esta función, es enseñar que hay una diferencia entre la obra de Dios en la primera y segunda creaciones.

Es más interesante notar que en esas organizaciones donde el Evangelio no es claramente enseñado como siendo una obra de creación real —el reemplazo de lo viejo por lo nuevo— el sábado no es sostenido y observado excepto en ciertas iglesias donde él permanece como una institución formal transmitida desde los días cuando los cuerpos religiosos comprendieron el Evangelio y realmente guardaron el sábado.

De la gran verdad que el Nuevo Testamento es la revelación del Evangelio de Cristo lo cual es el poder de Dios para crear de nuevo vida espiritual, el cuerpo físico, y el hogar edénico del hombre, sólo puede ser concluido que el Nuevo Testamento sostiene el sábado tan enfática y bellamente como lo hace el Antiguo. No puede haber cambio en la transición de una era a la subsiguiente. Eso es imposible.

Para confirmar esto, hágase ahora un estudio de algunas grandes evidencias del Nuevo Testamento que enseñan y confirman esto.

La cruz y el sábado

Fue el Creador original el que vino a esta tierra para redimir al hombre. Las Escrituras son muy claras sobre esto.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

“Este era en el principio con Dios.

“Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (*Juan 1:1-3*).

“Porque por él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos, y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (*Colosenses 1:16*).

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,

“En estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien asimismo hizo el universo” (*Hebreos 1:1, 2*).

Entonces fue Cristo Jesús, segura y claramente el que llevó a cabo la obra real de la creación en favor de su Padre. Esta es la posición señalada de Cristo, y debido a que el Señor nada hizo en la restauración excepto lo que había sido hecho en la creación inicial, Cristo debe ocupar la posición idéntica en la redención como lo hizo en la creación. Por lo tanto, sólo El podía aparecer en esta tierra para efectuar la salvación de la humanidad.

El centro de esa obra es la cruz del Calvario. Allí Cristo pagó el precio de la redención por lo cual certificó que la obra de la recreación sería ter-

minada. *Allá* terminó su obra y lo confirmó con la exclamación, "Consumado es" (*Juan 19:30*).

En esta obra de redención, debido a que es la repetición de la creación perfecta, no tiene que haber desviación de la original. Si la hubiera, Satán se alegraría que su argumento de que la obra de Dios fue imperfecta y demandó reforma, tendría validez. Señalaría a tales cambios como admisiones por parte de Dios de que la obra dejó lugar para la mejora, por diminutas que ellas fueran.

En la original, Cristo estableció el patrón de que en el sexto día de la semana El terminó su obra y descansó el séptimo. Por lo tanto, El debe seguir sin variación el mismo proceder en la segunda creación. Es por esta razón que El terminó su obra redentora el viernes, el sexto día de la semana, y descansó las horas del sábado en el sepulcro, y se levantó para una nueva obra en el primer día de la semana.

Esto no era cierto éxito de importancia logrado en la cruz. Allá, el pecado apareció *en lo peor de todo*. Nunca antes se había manifestado tan siniestro, cruel, maligno, aborrecible y tan descubierto como allá en la crucifixión. Reconociendo que esto era un asunto de ganar toda situación, Satanás y el pecado reunieron todas sus fuerzas y se lanzaron con toda la furia de su poder en irrestingida violencia sobre el Hijo de Dios y hombre. El único poder que podía afrontar y conquistar estas poderosas fuerzas es el poder creador de Dios.

Por este medio, donde el pecado apareció en su peor condición, la justicia pudo brillar en lo mejor de su gloria.

Comparado con la creación, el Calvario provee la revelación suprema del poder de Dios. En el principio, Dios obró sin estorbos, sin restricciones, y sin resistencia, pero así no fue en el Calvario. Allá, cada paso fue disputado por el más grande poder aparte del poder de Dios. Ciertamente eran los poderes de Dios vueltos contra El. La condición de estar rodeado de la debilidad y fragilidad de la naturaleza humana con la que Cristo tuvo que afrontar el enemigo, aumentaba la dificultad del conflicto. A pesar de estas terribles desventajas, Cristo venció por el gran poder de Dios.

Fue un estupendo logro estableciendo la cruz como el tiempo y lugar donde alguna vez la más grande realización del poder de Dios se haya demostrado. De esa omnipotencia, el sábado es el símbolo. En dondequiera que ese poder aparece, de sus resultados, el sábado es el monumento. Por lo tanto, el sábado es el monumento de la victoria ganada en la cruz y el símbolo del poder por el que la conquista fue ganada.

Si Cristo hubiera muerto exclamando "Consumado es", en otro día de la semana diferente del viernes, entonces habría actuado distintamente en la obra de redención de su proceder en la creación inicial. Si hubiera hecho esto, entonces no habría argumento válido para la continuación del sá-

LA PRIMERA CREACION TERMINADA

Quinto día	Sexto día	Séptimo día
	Obra creadora terminada	El sábado de Dios

LA SEGUNDA CREACION

Obra redentora terminada

Quinto día	Sexto día	Séptimo día
	Obra redentora terminada	El sábado de Dios

**Como en la primera creación así en la
segunda, el sábado está insepa-
rablemente unido al poder de Dios.**

bado en los tiempos del Nuevo Testamento. Los que declaran que el día fue cambiado en la cruz, tienen un caso estrecho.

Pero El no hizo esto. Exactamente como en la

primera creación El terminó su obra creadora en el sexto día de la semana y descansó el séptimo, y así lo hizo en la obra de salvación. Terminó su obra en el sexto día, proclamó que estaba consumada, y descansó en la tumba en las horas sagradas.

Si haciendo eso estableció el sábado como el día de reposo y adoración para todos sus hijos, entonces la repetición de este proceder en conexión con la obra redentora confirma esto, desmintiendo toda enseñanza que demanda un cambio del séptimo a otra día de la semana.

De este modo, el sábado está ligado a la obra de redención tan ciertamente como lo estuvo a la creación. Algunos inmediatamente protestarán que, mientras nosotros tenemos la orden específica en *Exodo* que invita a la guarda del sábado porque el Señor hizo los cielos y la tierra en seis días y reposó el séptimo, hay pocas órdenes en el Nuevo Testamento declarando que nosotros debemos adorar en el día sábado porque Cristo terminó su obra redentora el sexto día de la semana y reposo el séptimo.

Es cierto que no hay tal declaración. El punto es que no debía haberla en el Antiguo Testamento tampoco. La única razón para la promulgación de los diez mandamientos fue debido a la continua separación de Dios que robó a los israelitas de todo concepto de su verdad y justicia. De otro modo, tuvo que ser anunciada la verdad espiritual a ellos en letras. Pero nunca debió serlo, y nunca habría

sido necesario si ellos hubieran caminado en la luz que se les ofrecía continuamente.

Pablo confirma la verdad de esto: "Entonces ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un mediador" (*Gálatas* 3:19).

"Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como le fue dada a Adán después de su caída, preservada por Noé y observada por Abrahán, no habría habido necesidad del rito de la circuncisión. Y si los descendientes de Abrahán hubieran guardado el pacto del cual la circuncisión era una señal, jamás habrían sido inducidos a la idolatría, ni habría sido necesario que sufrieran una vida de esclavitud en Egipto; habrían conservado el conocimiento de la ley de Dios, y no habría sido necesario proclamarla desde el Sinaí, o grabarla sobre tablas de piedra. Y si el pueblo hubiera practicado los principios de los diez mandamientos, no habría habido necesidad de las instrucciones adicionales que se le dieron a Moisés" (*Patriarcas y Profetas*, págs. 379, 380).

Para la mente espiritual que no ha estado en la condición de apostasía, es suficiente ver el proceder de Dios en la creación. Durante seis días creó y reposó en el séptimo. El bendijo y santificó el séptimo como el sábado. Si los hijos de Israel hubieran permanecido en conexión espiritual con El,

habrían visto el significado de las acciones de Dios y habrían guardado el sábado sin ninguna duda o problema. Unicamente cuando ellos habían perdido la iluminación celestial llegó a ser necesario que Dios descendiera para decirles en lenguaje explícito que, a causa de que El había hecho los cielos y la tierra, y había trabajado seis días y reposado en el séptimo, ellos debían también santificar el sábado.

Cuando Cristo vino a efectuar la recreación, siguió exactamente los procedimientos similares como lo hizo en la primera creación. El laboró seis días pero descansó en el día sábado conforme al ejemplo que El mismo había establecido en el Edén. Cuando en la cruz terminó finalmente su obra que vino a hacer, entonces la terminó otra vez en el sexto día de la semana y reposó el sábado.

Para el verdadero hijo de Dios que mantiene una estrecha conexión con El, el sábado es suficiente. No necesita tenerlo expuesto como está en el cuarto mandamiento. Si lo necesitó, fue entonces porque se desvió, como los judíos, exigiendo que algo debía ser hecho para él que nunca necesitó serlo. Por lo tanto, con toda humildad, todo lector debe estar preparado para reconocer que, si se halla pidiendo una declaración en el Nuevo Testamento confirmando la conexión entre la cruz y el sábado, justamente como la declaración del Antiguo Testamento en el cuarto mandamiento confirma la conexión entre la creación y el sábado, en-

tonces no está en mejor condición espiritual que la de los israelitas en ese tiempo. Que esa advertencia sea seguida por un escudriñamiento y confesión de pecado orando para que los ojos sean ungidos con el colirio espiritual. Rica y de valor será la consecuente bendición mientras el fracaso de hacerlo traerá solamente tristeza y pérdida.

Tres Días y Tres Noches

Satanás está enterado del tremendo poder y bendición provisto por Dios en el don del sábado. Cuando los hombres evalúan el sábado dándole el valor como el diablo lo hace, y aprovechan sus poderosas provisiones, conocen una experiencia, semejante a lo cual no han conocido todavía. Cuando se ama intensivamente como debe ser, Satanás teme y obra con toda su astucia para destruir su influencia.

Una forma efectiva de hacer esto es a través de la falsa enseñanza que realmente parece apoyar el sábado y, sin embargo, en verdad lo destruye. Una de tales enseñanzas que está ganando terreno en el tiempo presente, es la teoría que fecha la crucifixión un día más temprano del sexto día de la semana. Esta teoría está basada en su comprensión de las palabras de Cristo cuando El dijo:

“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (*Mateo 12:40*).

La expresión, “el corazón de la tierra”, es interpretado por ellos como la tumba, así que en su

punto de vista, el tiempo real que Cristo pasó en la tumba de José fue un período exacto de setenta y dos horas. Ninguno duda el hecho de que El resucitó otra vez el primer día de la semana, aunque algunos niegan que la resurrección tomó lugar en las tempranas horas de ese día.

Pero el argumento es que, si Cristo fue crucificado el viernes y luego tuvo que permanecer en la tumba durante setenta y dos horas, ciertamente no habría resucitado el domingo siguiente. Por lo tanto, tan ciertamente como El resucitó en ese día, debió haber sido crucificado más temprano que el viernes. Algunos de ellos retroceden el día hasta el miércoles.

Ha de ser enfatizado que ningún intento será hecho en esta publicación para desenmascarar personas. El interés no es en *quién* enseña estas cosas sino en *lo que* está siendo enseñado. Lo que está siendo examinado aquí no son *personas* sino *doctrina*.

Muy simple, el error consiste en un malentender de lo que es "el corazón de la tierra". Generalmente se asume que es la tumba, aunque no se presentan pasajes para apoyar esta suposición. Esta omisión es entendible para los que se dan cuenta de las evidencias bíblicas que definen lo que Cristo quiere decir con "el corazón de la tierra". Si entendieran estas evidencias los que sugieren la interpretación de que esto es la tumba, cambiarían su mensaje. Ellos no enseñarían más una crucifixión de miércoles sino que sabrían que Cristo murió el sexto día y resucitó el primero.

Antes que estas verdades sean presentadas, hágase un examen de esos pasajes que confirman que Cristo en verdad murió el viernes y resucitó el domingo.

La evidencia más poderosa de todas ya ha sido presentada en la que el Señor terminó su obra en el sexto día de la semana, descansó el séptimo, y comenzó la fase siguiente de su ministerio en el primer día. Ninguno que verdaderamente comprenda el Evangelio de Cristo —el poder de Dios por el que la creación se repite— tendrá problema en ver eso. El se hallará a sí mismo incapaz de aceptar cualquier doctrina que separa el sábado de la cruz. Conocerá que el único día en el que Cristo podía haber muerto era el sexto, y el único día en el que podía haber resucitado era el primero. La manifestación del poder de Dios en la primera o segunda creación es absolutamente inseparable de la institución del séptimo día, sábado. Esta verdad se establece para siempre en la justicia de Dios; esa justicia que es desde la eternidad hasta la eternidad.

Pero hay otras evidencias para confirmar este hecho, y a ellas le prestaremos atención.

Tiempo y tipo

La admirable exactitud de la profecía bíblica es ciertamente impresionante. En *Daniel* por ejemplo, Dios predijo el surgimiento y caída de cuatro

grandes imperios mundiales, comenzando con Babilonia, no más y no menos. En historia, exactamente cuatro han de ser hallados, aun cuando grandes y ambiciosos hombres se esforzaron por tomar el cetro del dominio mundial vez tras vez desde que el último pasó. Ellos no pudieron quebrantar la profecía.

Más específicamente todavía, largos períodos de tiempo para los cuales fueron dados puntos exactos de comienzo, han sido planeados. Cada uno se cumplió puntualmente.

Tal profecía está en *Daniel* 9:24-27 donde, desde el punto de comienzo de la orden para restaurar y reconstruir a Jerusalén, setenta semanas proféticas o cuatrocientos noventa años literales se extenderían hasta el final del período restante para los judíos como pueblo peculiar de Dios. Ese período comenzó en el año 457 a.C., y terminó en el año 34 d.C. En la mitad de los últimos siete años de esto, el Mesías había de ser muerto. Con toda certidumbre, tres años y medio después que comenzó su ministerio, El murió en la cruz exactamente como estaba especificado.

El Antiguo Testamento tiene abundantes y específicas profecías con relación al advenimiento del Mesías, su misión, sufrimientos, muerte y resurrección. Jesús dijo: "Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí" (*Juan* 5:39).

“Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo:

“Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.

“Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí” (*Hebreos 10:5-7*).

El libro al que se refiere aquí es el Antiguo Testamento, las únicas Escrituras disponibles a ellos en ese tiempo. Las profecías contenidas se daban al menos en dos formas. Una era declaración directa, la otra era en tipos y símbolos. Estos últimos incluían en particular el sacrificio matutino y vespertino, la pascua, la fiesta del pan sin levadura, y las primicias.

“La inmolación del cordero pascual prefiguraba la muerte de Cristo. San Pablo dice: ‘Nuestra pascua, que es Cristo, fue sacrificada por nosotros’ (*1 Corintios 5:7*). La gavilla de las primicias del trigo, que era costumbre mecer ante el Señor en tiempo de la Pascua, era figura típica de la resurrección de Cristo. San Pablo dice, hablando de la resurrección del Señor y de todo su pueblo: ‘Cristo las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida’ (*1 Corintios 15:23*). Como la gavilla de la ofrenda mecida, que era las primicias o los primeros granos maduros recogidos antes de la cosecha, así también Cristo es primicias de aquella inmortal cosecha de rescatados que en la resurrección

futura serán recogidos en el granero de Dios" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 450).

La pascua era la primera de una serie de fiestas típicas que Dios había bosquejado delante de los israelitas como profecías de futuros eventos. Señala especialmente la muerte de Cristo mientras otras indicaban eventos que iban a tomar lugar en la historia de la iglesia y en las experiencias de sus miembros individuales subsecuentes al gran sacrificio. No solamente indicaban *lo que* iba a suceder sino *cuándo* habían de suceder.

"Estos símbolos se cumplieron no sólo en cuanto al acontecimiento sino también en cuanto al tiempo. El día 14 del primer mes de los judíos, el mismo día y el mismo mes en que quince largos siglos antes el cordero pascual había sido inmolado, Cristo, después de haber comido la pascua con sus discípulos, estableció la institución que debía conmemorar su propia muerte como 'Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo'. En aquella misma noche fue aprehendido por manos impías, para ser crucificado e inmolado. Y como antitipo de la gavilla mecida, nuestro Señor fue resucitado de entre los muertos al tercer día, 'primicias de los que durmieron', cual ejemplo de todos los justos que han de resucitar, cuyo 'vil cuerpo' 'transformará' y hará 'semejante a su cuerpo glorioso' (1Corintios 15:20; Filipenses 3:21, V. M.)" (*Id.*, pág. 450, 451).

Esto indica que Cristo había de ser crucificado

en el día de la pascua y levantarse otra vez en el día de las primicias. Significaba también que El había de ser colgado de la cruz en el momento del sacrificio matutino en ese día, y expirar en el momento del sacrificio vespertino. Añádase todo esto el hecho de que su muerte, para confirmar la conexión entre el sábado y la obra de creación y recreación, había de ocurrir el sexto día, la resurrección tenía que ser el primer día de la semana.

Lo que hace a esto difícil es el hecho de que la pascua no ocurría el mismo día de la semana cada año. Fluctuaba a través de la semana justamente como lo hace una fecha hoy vinculada en aniversarios. La pascua fue programada para el día catorce del primer mes, esta fecha caía en varios días a través de la semana al pasar los años. Por lo tanto, el año en el que Cristo fue crucificado había de ser un año cuando la pascua caía el sexto día de la semana.

Dios es el maestro de precisión. Nada hace de cualquier manera. Por lo tanto, cada evento profetizado había de caer exactamente cuando Dios, en la profecía, indicaba que había de caer. Por ejemplo, cincuenta días después de las primicias, venía la fiesta de las semanas, que llegó a ser conocida como pentecostés. Este es el tiempo que el Señor había escogido para el derramamiento de su Espíritu. Es impresionante ver cómo la promesa se cumplió, ni un día antes ni un día después,

como está escrito: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos.

“Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados;

“Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos.

“Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (*Hechos 2:1-4*).

De igual manera, Cristo murió en el momento del sacrificio vespertino el día de la pascua. El comió la pascua con sus discípulos en el tiempo correcto, que era la tarde del día catorce del primer mes. El día siguiente, fue crucificado en la cruz en el momento del sacrificio matutino y murió a la hora del sacrificio vespertino para cumplir el tipo del servicio diario. Murió en el momento tan exacto, que la hora de su muerte ocurrió con el sacrificio vespertino en el templo. El cordero escogido para la ocasión estaba de pie al lado del sacerdote quien con el cuchillo en alto y sus músculos tensos ya estaba listo para quitarle la vida. En el instante, Cristo murió, el velo del templo se rasgó, y el cordero escapó vivo.

“Cuando los labios de Cristo exhalaban el fuerte clamor: ‘Consumado es’, los sacerdotes estaban oficiando en el templo. Era la hora del sacrificio vespertino. Habían traído para matarlo el cordero que representaba a Cristo. Ataviado con sus

vestiduras significativas y hermosas, el sacerdote estaba con el cuchillo levantado, como Abrahán a punto de matar a su hijo. Con intenso interés, el pueblo estaba mirando. Pero la tierra tembló y se agitó; porque el Señor mismo se acercaba. Con un ruido desgarrador, el velo interior del templo fue rasgado de arriba abajo por una mano invisible, que dejó expuesto a la presencia de Dios

“Todo era terror y confusión. El sacerdote estaba por matar la víctima; pero el cuchillo cayó de su mano enervada y el cordero escapó. El símbolo había encontrado en la muerte del Hijo de Dios la realidad que prefiguraba. El gran sacrificio había sido hecho” (*El Deseado de Todas las Gentes*, págs. 704, 705).

Esto es sincronización precisa. Ningún cumplimiento más exacto de la profecía podía ser logrado. Esto debería ser suficiente para impresionar toda mente con el conocimiento de que el mismo programa especificado en la profecía tenía que ser cumplido en el antitipo. “Estos símbolos se cumplieron no sólo en cuanto al acontecimiento sino también en cuanto al tiempo” (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 450).

Para poder armonizar los eventos en la muerte y resurrección de Cristo, es necesario llegar a ser familiar con el itinerario de la profecía misma. Esto está registrado en *Levítico* 23:4-21. Estos versículos muestran que la pascua había de celebrarse en la tarde del día catorce del primer mes.

Debido a que se les ordenaba a los judíos observar sus días religiosos y sábados desde la puesta del sol hasta la puesta del sol, la fiesta sería celebrada en la primera parte del día, no al final de él. En otras palabras, la fiesta de la pascua realmente había sido comida durante toda la noche y el período entero del día siguiente. Estúdiense cuidadosamente el diagrama en la página opuesta.

El día siguiente era el primer día de la fiesta del pan sin levadura que duraba siete días. Este día era un sábado ceremonial, un día dedicado a santa convocación y en el que ellos no habían de hacer obra de siervos. Véase *Levítico 23:7; Números 28:17, 18*.

El día siguiente, el día dieciséis del primer mes, era la fiesta de las primicias, cincuenta días después venía el pentecostés.

Esta es la simple y fácil secuencia entendida de eventos típicos. Es igualmente simple cotejar con éstos, los eventos en la vida de Cristo.

En la tarde de la pascua, Jesús se reunió con sus discípulos en el aposento alto.

“Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y preparon la pascua.

“Cuando llegó la noche, se sentó a la mesa con los doce” (*Mateo, 26:19, 20*).

Después de eso salió con ellos al huerto del Getsemaní, versículos 36-46; fue traicionado por Judas y arrestado, versículos 47-56; entró en varias pruebas que cubrió el resto de las horas de la no-

El tiempo de las primeras cuatro de las fiestas típicas del año judío y los eventos que las cumplieron

<p>La pascua</p> <p>El cordero degollado a la puesta del sol y comido esa tarde. Deuteronomio 16:6; Levítico 23:5</p>	<p>El primer día del pan sin levadura</p> <p>Un sábado ceremonial.</p>	<p>Fiesta de las primicias</p>	<p>Pentecostés</p> <p>Cincuenta días después de la fiesta de las primicias.</p>
<p>El primer mes Día 14</p> <p>Tarde</p> <p>↑ Jesús come la pascua.</p> <p>↑ Muere en la hora del sacrificio vespertino.</p> <p>↑ Cuelga de la cruz en la</p>	<p>Día 15</p> <p>Tarde</p>	<p>Día 16</p> <p>Tarde</p>	<p>Tercer mes Día 6</p> <p>Tarde</p>
<p>Sexto día de la semana</p>	<p>Séptimo día de la semana</p> <p>Jesús descansa en la tumba el sábado.</p>	<p>Primer día de la semana</p> <p>Resurrección de Jesús como las primicias. 1 Corintios 15:23.</p>	<p>Primer día de la semana</p> <p>El Espíritu Santo desciende sobre los discípulos a su tiempo.</p>

Transcurren cincuenta días

che hasta la mañana siguiente, versículo 57; 27:1-25. El fue crucificado en la hora sexta, *Marcos* 15:25, y entregó su vida en la hora novena. *Mateo* 27:46-50.

Esto era alrededor de las tres de la tarde del día catorce. Antes de la puesta del sol El fue sepultado en la tumba de José donde descansó el sábado. El las tempranas horas del día siguiente, el primer día de la semana, el ángel del Señor descendió del cielo, quitó la piedra, y se sentó sobre ella mientras Jesús se levantó de los muertos y salió de la tumba. Los registros de *Mateo* y *Marcos* hacen esto muy claro.

“Pasado el día de reposo* al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro.

“Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella” (*Mateo* 28:1, 2).

“Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios” (*Marcos* 16:9).

De este modo, Jesús murió y se levantó otra vez en armonía exacta con el tipo, aunque es claro que tres días y noches totales no transcurrieron entre la crucifixión en el sexto día y la resurrección en el primero. De hecho, sólo hay dos noches involu-

* Aquí equivale a sábado.

cradas. Fueron las que nosotros llamaríamos las noches del viernes y sábado de acuerdo con la moderna terminología occidental. Para los judíos, conforme a los registros bíblicos, era la noche del sábado y la del primer día de la semana. Asimismo, sólo dos días fueron involucrados. Fueron las horas restantes del sexto día, y toda la porción del día séptimo. Ninguna parte del primer día de la semana pasó en el sepulcro, porque El resucitó antes de la salida del sol.

Esta igualdad de la historia de ese fin de semana con la profecía, verdaderamente muestra que todas las cosas fueron cumplidas conforme al tiempo y al tipo. Si así no hubiera sido, entonces la profecía no tendría significado. Aun peor, la Palabra de Dios se convertiría en descrédito y desconfianza. Cuando esto sucede, nosotros estamos en una posición donde verdad no puede ser más conocida, no se puede confiar en Dios, y nuestra condenación eterna se asegura. Alabado sea Dios que El no es así. Se puede confiar en la profecía, porque fue cumplida al pie de la letra. Cristo murió en la tarde del día de la pascua, el día catorce del primer mes, descansó el día siguiente que era el sábado, y resucitó como las primicias en el primer día de la semana. No podía ser de otra manera, en ambas cosas, desde el punto de vista de la profecía y el hecho de que era la obra de creación repetida.

El tercer día

En la tarde del domingo, dos discípulos transitaban el escabroso camino a Emaus, cuando Jesús, sin darse a conocer, los sorprendió y los acompañó. No hablaban por inspiración ni proféticamente, sino dando un reporte de lo que ellos habían visto. Decían, “. . . y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido” (*Lucas 24:21*).

Ahora, si Cristo hubiera sido crucificado el miércoles, como muchos defienden, entonces cuando esta declaración fue hecha, el primer día de la semana habría sido el quinto día desde que estas cosas habían acontecido. Pero cuando el primer día de la semana fue nombrado como el tercer día, entonces el primero de los tres sólo podía ser el previo sexto día de la semana.

Pablo confirma la verdad de esto cuando escribe: “Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras;

“Y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (*1 Corintios 15:3, 4*).

El tercer día de los seis es definitivamente el primero. Lo que es más significativo es que Pablo confirma que la resurrección en el tercer día fue *conforme a las Escrituras* y, por lo tanto, un cumplimiento de ellas. Ninguno entendía mejor las profe-

cías contenidas en los servicios típicos del Antiguo Testamento que el gran apóstol Pablo. Además, entendía cuán precisamente la muerte y resurrección de Cristo habían cumplido estos tipos.

En armonía con esto, Cristo que entendía la secuencia del tiempo traído a consideración en esos tipos proféticos, había predicho que resucitaría el tercer día. Véase *Mateo* 16:21; 17:23; 20:19; *Marcos* 9:31; 10:34; *Lucas* 9:22; 18:23; 24:7, 46.

En estos versículos, Cristo es muy específico, estableciendo cada tiempo por el que pasaría y desde ese momento el tercer día sería cuando se levantara otra vez. "Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al *tercer día*" (*Marcos* 9:31). Esto testimonia claramente que después que lo hubieran matado en el primero de los tres días, se levantaría en el último de ellos.

El gran día

No hay posible duda acerca de que Cristo muriera el día de la pascua, porque la comió con sus discípulos en la tarde anterior. El día siguiente sería el séptimo, primer día de la fiesta de los panes sin levadura, que era un sábado ceremonial. Ciertas instrucciones fueron dadas en cuanto a su observancia.

“Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a Jehová; siete días comeréis pan sin levadura.

“El primer día tendréis santa convocación: ningún trabajo de siervos haréis” (*Levítico 23:6, 7*). Véase también *Números 28:17, 18*.

Este día no caía todos los años en día igual en la semana, porque estaba sujeto a la fecha del calendario. Por lo tanto, al transcurrir los años era celebrada en cada día de la semana sucesivamente. Alrededor de cada siete años ella coincidía con el séptimo día sábado, lo cual significaba que ambos, el sábado ceremonial y el sábado de la semana ocurrían en un día. Cuando esto sucedía era llamado el “Gran Día”.

Si Cristo murió en ambos, el día de pascua y el sexto de la semana, el día siguiente habría sido, un sábado semanal y un ceremonial. Por lo tanto, sería el gran día y podría ser esperado que hubiese un testimonio bíblico a este efecto. Así que está escrito:

“Entonces los Judíos, por cuanto era la víspera *de la Pascua*, para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado, pues era el gran día del sábado, rogaron á Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados” (*Juan 19:31, V.A.*).

Esto comprueba más allá de discusión que el día siguiente a la crucifixión de Cristo era de hecho el gran día que había de ser un sábado semanal como ceremonial también.

Ningún trabajo de siervos

Una importante distinción más entre los sábados regular y ceremonial se halla en que, mientras en el sábado del séptimo día, *ninguna obra* era permitida, en los días típicos sólo se les prohibía hacer *obras de siervos*. Compárese el registro de la ley dado con relación a uno en contraste con el otro. Del séptimo día sábado está escrito: “no hagas en él obra alguna”; “ningún trabajo haréis” (*Exodo 20:10; Levítico 23:3*).

La instrucción con relación al primer día de la fiesta de los panes sin levadura dice: “ningún trabajo *de siervos* haréis” (*Levítico 23:7*). La aplicación es la misma en la fiesta de pentecostés, las trompetas, y la siega de la cosecha. Véase versículos 21, 25, 36. Solamente en el gran día de la expiación se les prohibía hacer toda clase de obra. Versículo 31.

Las diferencias entre la forma en que estos diferentes sábados habían de ser observados, llegaron a ser importantes a la luz de la conducta de los seguidores de Cristo en el día cuando descansó en la tumba. Las mujeres siguieron el cuerpo de Cristo hasta el sepulcro, regresaron al hogar disponiendo de tiempo suficiente para preparar especias y ungüentos antes de la puesta del sol, y descansaron el sábado “*conforme al mandamiento*”.

“Y las mujeres que con él habían venido de Ga-

lilea, siguieron también, y vieron el sepulcro, y cómo fué puesto su cuerpo.

“Y vueltas, aparejaron *drogas* aromáticas y unguentos; y reposaron el sábado, conforme al mandamiento” (*Lucas 23:55, 56, V.A.*).

La pregunta para ser formulada en este punto es: ¿cuál mandamiento, el relacionado con la observancia del séptimo día, o aquel que comprende el sábado ceremonial? Si ellas estuvieran observando el primero, no habrían trabajado en ese día sábado. No habrían venido a la tumba y ungido el cuerpo de Jesús, sino que habrían esperado hasta que el día terminara, y el primer día de la nueva semana comenzara.

Por otra parte, embalsamar un cuerpo muerto no era una obra de siervo. Ellas podían y harían esto en el sábado ceremonial.

Por lo tanto, el hecho de que ellas no hicieran ninguna obra en ese sábado particular conforme al mandamiento, comprueba fuera de toda duda que era el séptimo día sábado.

La idea de un miércoles de crucifixión como se enseñó por algunos está completamente desconectado por la acción de las mujeres. Si Cristo hubiera sido crucificado en ese día y las mujeres en ese día hubieran preparado especies y unguentos para ungir su cuerpo, ¿por qué tuvieron que esperar hasta el domingo por la mañana para venir a la tumba? Habrían venido en la primera oportunidad, lo cual habría sido a más tardar el viernes.

Si El hubiera muerto el miércoles, entonces ese era el día de la pascua, haciendo del jueves el primer día de la fiesta de los panes sin levadura. Nada había en el mandamiento que les impidiera venir ese día, pero aun si lo fuera, entonces el viernes era el día de las primicias el que no se clasificaba como un día de santa convocación en el que no se pudiera hacer obra de siervo. Aun si ellas no la podían hacer en jueves, ciertamente la podrían haber hecho el viernes, y luego habrían aprovechado la oportunidad en vez de esperar hasta el domingo en el que la descomposición habría tomado lugar. La acción de las mujeres no apoya en nada la idea de una crucifixión en miércoles. Todas las cosas certifican que El murió el viernes y se levantó el domingo.

El clima en Palestina es muy caliente garantizando que si Cristo hubiera sido puesto en la tumba tres días y tres noches, la descomposición habría avanzado, así violando la Palabra de Dios de que así no sería. En la mañana de pentecostés, Pedro señalando el hecho de que Cristo habiéndose levantado tan rápidamente después de su muerte, excluyendo la posibilidad de la putrefacción de su cuerpo sufriende, era prueba de que El era el Mesías. El Todopoderoso, por medio de David, había registrado la promesa de que el cuerpo de Cristo no se deterioraría como es el caso con los que no experimentan una rápida resurrección.

“Porque David dice de él: veía al Señor siempre

delante de mí, porque está a mi diestra, no seré conmovido.

“Por lo cual mi corazón se alegró, y se gozó mi lengua, y aun mi carne descansará en esperanza;

“Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción” (*Hechos 2:25, 27*).

En los días de Pedro había algunos que podrían haber enseñado que la profecía se refería a David, pero el apóstol hace claro que estas palabras fueron escritas acerca de Cristo. El les recuerda que David estaba todavía en su tumba, así que, diferente a Cristo que tuvo una rápida resurrección para evitar que la corrupción tomará lugar, el cuerpo de David se había deteriorado completamente.

“Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió, y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy.

“Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono;

“Viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (*Hechos 2:29-31*).

Así Pedro confirma bajo inspiración que la profecía hecha por medio de David fue cumplida al pie de la letra, porque la carne de Cristo no vio corrupción.

Esta evidencia apoya la posición general de las Escrituras de que Cristo murió el sexto día, descansó en la tumba durante el séptimo, y se levantó el primer día.

Tres días y tres noches

Contra todas estas evidencias hay una que parece testificar lo contrario, exigiendo un período más largo en la tumba. El mismo Jesús que declaraba vez tras vez que El sería muerto pero que resucitaría el tercer día, dijo también, “Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches” (*Mateo 12:40*).

Cristo no se contradice a sí mismo. Sin embargo, si pasó tres días y tres noches en la tumba, entonces ciertamente no se habría levantado el tercer día. En cambio, habría sido el cuarto día.

Pero, ¿sobre qué base se afirma que la expresión, “en el corazón de la tierra”, significa estar en la tumba? No hay autoridad bíblica para esto. Al contrario, la evidencia es que no significa eso. Las propias palabras de Cristo comprueban que quiere decir algo diferente, porque dijo que después que lo mataran, se levantaría otra vez el tercer día, mientras que indicaba un período más largo para su permanencia en el corazón de la tierra.

Ha de ser enfatizado en ésta como en otras de nuestras publicaciones que, “. . . ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada” (2 Pedro 1:20). Ninguno ha de *asumir* simplemente lo que ésta o aquélla expresión significa. La Biblia debe ser su propio diccionario. En alguna parte de sus páginas existe una declaración paralela o explicación la cual abre el misterio del difícil pasaje bajo consideración.

En el Antiguo Testamento, “el rollo del libro”, hay una profecía que predijo la experiencia de Cristo cuando El estuvo en el corazón de la tierra. Se halla en el *Salmo* 40.

No puede haber duda de que esta es una profecía de Cristo, porque Pablo la trata como tal, citándola directamente en sus enseñanzas a cerca de Cristo en *hebreos* 10:5-7.

“Por lo cual, entrando en el mundo, dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo.

“Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron.

“Entonces dije: He aquí que vengo oh Dios para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí.

“Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda, y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron, (las cuales cosas se ofrecen según la ley).”

Esta es una cita directa de *Salmo* 40:6-8. A tra-

vés de todo este *Salmo*, del que estos versículos son un extracto, no hay cambio de persona como el sujeto. Por lo tanto, tan ciertamente como estos versículos son una profecía de Cristo, así son el resto de ellos. En conexión con este estudio los primeros tres son de interés práctico.

“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.

“Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.

“Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová” (*Salmo 40:1-3*).

Esto describe una experiencia a través de la cual el Salvador pasó un tiempo durante su vida en esta tierra. No se intenta transmitir la idea de que El pasó un período sumido en un pozo literal cuya profundidad era cenagosa. El lenguaje es obviamente figurativo o simbólico, el pozo, la peña, y el lodo representan elementos espirituales.

En la Biblia, el abismo describe un hoyo en el suelo, y se refiere a la tumba, e ilustra también las profundidades en el que el pecado nos ha degradado. Por lo tanto, en este último sentido es un símbolo de pecado, de modo que estar *en el abismo* es vivir agobiado por una abrumadora carga de pecado.

“Es imposible que escapemos por nosotros mismos del foso del pecado en que estamos sumidos”

(*El Camino a Cristo*, pág. 34). El universo verá a través del ministerio de Cristo, “. . . la especie caída levantada desde el abismo de la ruina en que el pecado la había sumido . . .” (*Joyas de los Testimonios*, tomo 2, pág. 342).

“Cristo puede sacar a los pecadores del *abismo de degradación*, y ponerlos donde serán reconocidos como hijos de Dios, herederos con Cristo de una inmortal herencia” (*Testimonies*, tomo 7, pág. 229).

Así como Cristo nunca estuvo literalmente en un foso con sus pies sobre lodo cenagoso, es obvio que era el abismo de pecado en el que El fue puesto y del cual esperó pacientemente hasta que el Señor escuchó sus clamores y puso sus pies sobre roca sólida. La expresión del Nuevo Testamento, “el corazón de la tierra”, es la reproducción de la de *Salmo 40*, un “pozo de la desesperación”. El tiempo cuando El estuvo en ese lago de miseria fue el mismo tiempo que pasó en el corazón de la tierra.

Algunos pueden protestar que Jesús nunca estuvo en el lago de pecado como estamos nosotros los seres humanos y, por lo tanto, nunca necesitó ser sacado de allí, pero esto es entender mal la profundidad de su condescendencia y el grado de su identificación con el hombre caído. Las únicas diferencias entre El y nosotros son que nos hallamos en un abismo de nuestra propia invención y, mientras que sufrimos sólo el fango y suciedad de nues-

tros propios pecados, Cristo tomó sobre sí mismo los pecados de toda la humanidad.

Pero, mientras ellos no eran su pecado, Cristo los llevó tan plenamente que sintió las tinieblas y horror de ellos como si fueran los suyos. Sufrió los pecados como si los hubiera cometido El mismo. El conoció por experiencia personal lo que significaba descender a ese lago de miseria, el corazón de la tierra, en el lodo cenagoso.

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido.

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él; y por su llaga fuimos nosotros curados” (*Isaías 53:4, 5*).

Semejante a los pecadores con los que vino a identificarse tan plenamente, fue incapaz de salvarse a sí mismo de ese lago, del corazón de la tierra. El tuvo que clamar a su Padre para que lo salvara y luego esperar pacientemente hasta que tal salvación pudiera ser efectuada como todo pecador debe hacer, como está escrito:

“Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor.

“Y me hizo sacar del poso de la desesperación, del lodo cenagoso;

“Puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos.

“Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza

a nuestro Dios. Verán esto muchos, y temerán, y confiarán en Jehová” (*Salmo 40:1-3*).

De igual manera, Pablo testifica de la experiencia de Cristo cuando desde el pozo clamó a Dios para que lo salvara:

“Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (*Hebreos 5:7*).

Estos pasajes verifican la gran verdad salvadora de que Cristo fue verdaderamente sumergido en el pozo y experimentó El mismo su oscuridad, terror, desánimo, depresión, miseria, imposibilidad, desesperación y agonía. Semejante a todo pecador perdido, El tuvo que aferrarse con fe viva al Padre para que lo sacara y lo pusiera sobre firme terreno, aun sobre una peña sólida. Es esta la experiencia a la que Cristo se refería cuando habló acerca de estar tres días y tres noches en el corazón de la tierra. Sea reconocido que El *nunca* dijo que estaría en *la tumba* durante ese período, sino *en el corazón de la tierra*. Cuando El habló de estar en la tumba, especificó que en el tercer día se levantaría, así dando menos expansión de tiempo.

Las preguntas que permanecen ahora son ¿cuándo fue El a ese pozo y cuánto tiempo estuvo allí? Las propias palabras de Cristo hacen claro que El no pasó toda su peregrinación terrenal allí, porque habló de eso como una experiencia futura en *Mateo 12:40*. “. . . así estará el Hijo del hombre

en el corazón de la tierra tres días y tres noches”. Pero no fue más una experiencia futura cuando entró en el jardín del Getsemaní. Entonces, fue puesto sobre El el peso total del pecado de la humanidad, sumiéndolo en el corazón de la tierra, en el pozo de la desesperación, y en lodo cenagoso. Hasta ese tiempo, El había caminado en la luz de la presencia de Dios pero luego un gran cambio ocurrió cuando vino a ser, por la familia humana, el portador directo del pecado. Esta transición está muy claramente expresada en la declaración siguiente:

“Jesús había estado conversando fervientemente con sus discípulos e instruyéndolos; pero al acercarse a Getsemaní se fue sumiendo en un extraño silencio. Con frecuencia, había visitado este lugar para meditar y orar; pero nunca con un corazón tan lleno de tristeza como esta noche de su última agonía. Toda su vida en la tierra, había andado en la presencia de Dios. Mientras se hallaba en conflicto con hombres animados por el mismo espíritu de Satanás, pudo decir: ‘El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre; porque yo, lo que a él agrada, hago siempre’ (*Juan 8:28*)” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 636).

Hasta aquí la declaración está hablando de la situación de Cristo como ella era antes de ese momento. Ciertamente esta no es la ilustración de un hombre en el abismo de pecado, sino más bien de uno caminando en el brillo del amor y aprobación

de Dios. Ahora la declaración continúa para describir el cambio que toma lugar en la situación de Cristo.

“Pero ahora le parecía estar excluido de la luz de la presencia sostenedora de Dios. Ahora se contaba con los transgresores. Debía llevar la culpabilidad de la humanidad caída. Sobre el que no conoció pecado, debía ponerse la iniquidad de todos nosotros. Tan terrible le parece el pecado, tan grande el peso de la culpabilidad que debe llevar, que está tentado a temer que quedará privado para siempre del amor de su Padre. Sintiendo cuán terrible es la ira de Dios contra la transgresión, exclama: ‘Mi alma está muy triste hasta la muerte’” (*Ibid.*).

En este punto El se contaba con los transgresores. ¿Dónde han de ser ellos hallados? En el pozo de pecado, el corazón de la tierra, y en el lodo cenagoso. Por lo tanto, si es contado con los pecadores, entonces allí es donde El, al mismo tiempo ha de estar, en el fondo del pozo.

¿Cuándo fue esto?

Fue el jueves por la noche conforme a nuestro cómputo, o las horas de la tarde del día catorce del mes primero. Es desde ese punto que el registro de los tres días y las tres noches tiene que comenzar. Esto no exigía que las setenta y dos horas tenían que transcurrir, porque en ese tiempo los judíos no contaban de esta forma. Si sólo una parte del día se involucraba, era contado todavía por un día en

esta clase de cálculo. Este sistema es llamado cómputo inclusivo.

El sufrimiento de Cristo continuó a través de toda la noche y todo el día siguiente hasta el momento que muere en la cruz. Los sufrimientos físicos en verdad fueron terribles durante ese tiempo pero nada era comparado con la agonía mental y espiritual experimentada debido al peso del pecado puesto sobre El. Con creciente presión ejercida sobre El, llenándolo de pavor de eterna separación de su Padre, por fin halla expresión en el angustioso clamor proferido proféticamente en *Salmo 22*.

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por que estás lejos de mí salvación, y de las palabras de mi clamor?”

“Dios mío, clamor de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo.

“Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel.

“En ti esperaron nuestros padres: esperaron, y tú los libraste.

“Clamaron a ti, y fueron librados: confiaron en ti, y no fueron avergonzados.

“Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.

“Todos los que me ven, me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo;

“Se encomendó a Jehová, librole él; sálvele, pues que en él se complacía.

“Pero tú eres el que me sacó del vientre, el que me hizo estar confiado desde que estaba a los pechos de mi madre.

“Sobre ti fui echado desde antes de nacer: desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.

“No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; porque no hay quien ayude.

“Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado.

“Abrieron sobre mí su boca, como león rapaz y rugiente.

“He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron: mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas.

“Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte.

“Porque perros me han rodeado, me ha cercado cuadrilla de malignos: horadaron mis manos y mis pies.

“Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan.

“Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.

“Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme.

“Libra de la espada mi alma, del poder del perro mi vida

“Sálvame de la boca del león, y líbrame de los cuernos de los búfalos”.

Mientras los escritores de los evangelios no citan a Cristo expresando todos estos pensamientos de desesperación, este *Salmo* revela que El lo hizo, y en verdad así lo hizo. Fue una inexplicable prueba a través de la cual pasó. Sin embargo, desde este punto en adelante, el *Salmo* cambia de tono. Por fe y fe sola, Cristo se elevó por encima del oscuro testimonio ocular y circunstancias, y, aun cuando la presión de pecado sobre El fue tan grande como siempre, vio la victoria final y se regocijó por todo lo que será realizado por eso.

Cerca al tiempo que Cristo murió, ya había estado en el pozo, el corazón de la tierra, por una noche y un día. Pero su muerte no lo liberó. Cuando fue a la tumba, llevaba sobre El todavía el terrible peso de pecado. Por lo tanto, durante la estadía en la tumba, estaba en el lago todavía, en el corazón de la tierra. No obstante, véase claramente, que su introducción en la tumba no fue su introducción en el corazón de la tierra, porque ya había entrado en esta situación antes de la muerte.

Ni su resurrección de la tumba el domingo en la mañana lo puso libre de la carga que estaba llevando en favor de la raza humana. No fue sino hasta que ascendió a su Padre y recibió la seguridad personal de que su sacrificio por los pecados del hombre era aceptable a Dios, que fue por fin librado del tremendo peso. Sólo entonces fue El final y plenamente sacado de la profundidad oscura y establecido sobre la roca.

Cuando María se le acercó después de su resurrección y antes de haber ido a su Padre, El le advirtió que no lo tocara. El no permitiría esto hasta que hubiera sido librado de esa pasmosa responsabilidad.

“Jesús le dijo: No me toques, porque aun no he subido a mi Padre: mas ve a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (*Juan 20:17*).

“Jesús se negó a recibir el homenaje de los suyos hasta tener la seguridad de que su sacrificio era aceptado por el Padre. Ascendió a los atrios celestiales, y de Dios mismo oyó la seguridad de que su expiación por los pecados de los hombres había sido amplia, de que por su sangre todos podían obtener vida eterna” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 734).

Si el período de tiempo desde ese momento cuando los pecados del mundo fueron puestos sobre Cristo en el Huerto hasta que recibió libertad de su Padre es contado, será descubierto que tres días y tres noches fueron involucrados. Estaban las noches del día catorce, quince, y dieciséis, o como nosotros diríamos en términos modernos, las noches del jueves, del viernes, y la del sábado. Esto suma tres noches.

Implicaba también los períodos de luz de las fechas mismas que en términos modernos son llamados viernes, sábado y domingo. Estos fueron los tres días que El estuvo en el corazón de la tierra.

Así es un hecho que Cristo descendió al terrible abismo de pecado por tres días y tres noches, aunque no estuvo en la tumba ese lapso de tiempo. Mientras la profecía le requería estar en el corazón de la tierra por tres días y tres noches, no le exigía estar en la tumba durante ese tiempo. Antes, la predicción era que El se levantaría en el tercer día, lo cual hizo. No hay ninguna contradicción entre estas dos especificaciones, ni se simplifica el principio que Cristo tenía que morir el sexto día y resucitar el primero para sostenerse por los principios de su obra creadora establecida desde la eternidad y seguido fielmente en la formación de este mundo y sus habitantes.

Con maravillosa precisión, todas las profecías, tipos, símbolos y principios se juntaron en foco perfecto en la cruz y en la subsecuente resurrección. Esta es en sí misma una obra maestra del plan divino que nos deja asombrados por su perfección y belleza.

Suficientemente curioso, los partidarios de la crucifixión del miércoles y la resurrección del sábado son observadores del séptimo día como un sábado, y enseñan enfáticamente su obligación. Por lo tanto, les parece que ellos están erigiendo esta gran maravillosa verdad. Pero la apariencia es engañosa. En cambio, la enseñanza la derriba porque, cuando el sábado se separa del poder de Dios, se ha destituido y es enteramente inefectivo.

Pero, ¿cómo la teoría de la resurrección sabática separa el sábado del Evangelio?

En el primer caso, lo hace al reemplazar la verdad de Dios acerca del sábado y la crucifixión, por la teoría del hombre acerca de estas cosas. Una vez más esto es un intento de edificar el reino de Dios de la manera humana.

Pero esto no es todo. El patrón idéntico en la obra de creación tiene que operar en la obra de redención, porque es una repetición de restauración del reino original. Ese patrón es que el Señor completa su obra de creación en el sexto día, descansa durante el sábado, y comienza su obra siguiente en el primer día. Por lo tanto, Cristo debía morir el viernes, descansar todo el sábado y resucitar el primer día.

¿Significa esto que los otros milagros de resurrección, tal como el de Lázaro, había de tomar lugar el primer día de la semana? ¡Definitivamente no! Podían ser llevados a cabo, como fuera, en cualquier día de la semana incluyendo el sábado.

¿Cuál es la diferencia?

Únicamente la muerte y resurrección de Cristo terminó una obra creadora y comenzó una nueva. Por lo tanto, El debía morir el viernes y resucitar el domingo. Otro puede morir, ser sanado y resucitado cualquier día de la semana.

Entonces en el Evangelio, Cristo había de morir el viernes y ser levantado el domingo. Enseñar diferente a esto es robar al sábado el poder creador.



Es un error concluir que la expresión de la Biblia, “en el corazón de la tierra”, significa estar en la tumba. Este error conduce a la conclusión equivocada que Jesús no fue crucificado conforme al tiempo indicado en la profecía y, de este modo, es una negación de la verdad del sábado como está revelada en la muerte y resurrección de Jesús.

Enseñar que Cristo adoptó un principio diferente de operación en la obra de la segunda creación es dar apoyo a la mentira de Satanás que la obra original fue imperfecta y, por lo tanto, había de ser modificada y mejorada cuando ésta fue restaurada. Hacer esto es colocarse uno mismo al lado del archiengañador y estar contra Cristo y su obra.

La Resurrección y el Sábado

La resurrección de Cristo confirma y embellece el sábado así como lo hace la cruz del Calvario. El principio que asegura la verdad de esto es que la obra de Cristo de venir a morir por el hombre y ser levantado otra vez, es la obra de *repetir* la creación del hombre y el mundo. A causa de que la primera creación era una obra perfecta, no requiriendo modificación o mejora, el Señor Jesús, el invariable Dios, armonizaría esa perfección al hacer la segunda exactamente como había hecho la primera. Si de alguna manera El se hubiera desviado de los procedimientos adoptados en la primera, admitiría, para la inmensa satisfacción de Satanás que, de hecho, la primera no fue absolutamente perfecta.

Entonces en el principio, Cristo estableció el *sexto* día como el día de la *terminación* de su obra y el *primero* como el día del nuevo *comienzo*. El *séptimo* día fue instituido como el monumento de la manifestación de su poder en esos dos días, junto con los que cayeran en medio. Esta es *su* manera de obrar. El ha revelado claramente esto a su pueblo en todas las Escrituras, y es dejado a nosotros para que simplemente aceptemos y creamos

el hecho de eso. Además ha enfatizado que nunca cambia ni modifica sus caminos. Por lo tanto, estos principios de obrar son establecidos para siempre. Así llegan a ser una línea de medir por lo que las enseñanzas anticipadas pueden ser juzgadas como siendo la verdad o lo falso.

Por ejemplo, el que insinúa la idea de que Cristo no terminó su ministerio terrenal de morir por el pecado y revelar el carácter de Dios en el día de conclusión, el sexto día, está obviamente enseñando contrario a la verdad de Dios. El Señor no le ha dado mensaje y no hay obligación de escuchar tales errores.

Por otra parte, si se pudiera comprobar fuera de toda duda razonable que Cristo no murió en el sexto día y resucitó en el primero, entonces El no fue el verdadero Mesías y los judíos estuvieron en lo correcto al rechazarlo. Para gloria de Dios puede ser enfáticamente dicho que tal prueba no existe. En cambio, la prueba es que murió el sexto día y resucitó el primer día de la semana.

Ningún rasgo de desviación puede ser detectado entre lo que Cristo hizo en la creación original y en la recreación. Tan ciertamente como esto es así, entonces el sábado retiene su posición y permanece en conexión con la segunda creación como lo hizo en la primera. Por lo tanto, tan ciertamente como el sábado es el monumento de lo que Dios hizo en el primer día de la semana junto con los otros cinco, es todavía el testimonio del poder de

Dios manifestado en la resurrección de Cristo en el primer día de la semana. Esto no puede ser de otra manera.

Numerosos han sido a la verdad los intentos y los conceptos desviados por los cuales los hombres, reclutados en las filas del príncipe de las tinieblas, buscan obliterar el sábado de Dios. Pero, mientras millones han sido persuadidos por estos engaños, el sábado mismo permanece todavía, y será para siempre. De cada ataque, aun cuando algunas veces parece haber sido fatalmente golpeado, surge para resplandecer con más brillantez.

El ataque más común y de aparente éxito está realmente basado en firme verdad, porque es un hecho que la resurrección, siendo un asombroso y memorable evento exige un día especial para conmemorarlo. Pero esto no da al hombre ninguna autoridad de proceder con el nombramiento de tal día. Dios solo tiene el derecho para hacer esto. Sin embargo, la contienda en favor del domingo es que los hombres lo observan como un día ameno de respeto y recuerdo de la resurrección de Jesús, mientras que, al mismo tiempo, admiten que ellos no tienen justificación bíblica para hacerlo así.

La Iglesia Católica Romana es la primera voz en esto. John A. O'Brien en su libro, *The Faith of Millions*, que es descrito como una autoridad en la Iglesia Católica Romana y que lleva la licencia de impresión de la iglesia, reza como sigue:

“¿Por qué fue escogido el domingo? Porque en

ese día Cristo resucitó de los muertos y el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. La resurrección fue el milagro más grande que Cristo realizó, y demostró en la forma más conmovedora la divinidad de Cristo y de su iglesia. En el pentecostés el Espíritu Santo entró a la iglesia para ser la fuente de su vida divina y para habitar con ella para siempre.

“La iglesia recibió la autoridad para hacer tal cambio de su Fundador, Cristo Jesús. El solemnemente otorgó a su iglesia el poder para legislar, gobernar y administrar . . . el poder de las llaves. Ha de ser notado que la iglesia no cambió la ley divina obligando a los hombres a adorar, sino cambió solamente el día en el que tal adoración pública había de ser ofrecida; así la ley involucrada era solamente una ley ceremonial.

“Pero siendo que el sábado, no el domingo, está especificado en la Biblia, ¿no es curioso que los no católicos que profesan tomar su religión directamente de la Biblia y no de la iglesia, observan el domingo en lugar del sábado? Sí, por supuesto, es inconsistente; pero este cambio fue hecho cerca de quince siglos antes de que el protestantismo naciera, y en ese tiempo la costumbre era universalmente observada. Ellos han continuado la costumbre, aun cuando eso descansa sobre la autoridad de la Iglesia Católica y no sobre el texto explícito de la Biblia” (*The Faith of Millions*, págs. 543, 544).

Hay varias expresiones reales en esta declara-

ción que son dignas de atención. Es primeramente notado que la Iglesia Católica Romana abiertamente admite que ella fue la que instituyó el domingo como un recuerdo de la resurrección, segundo, que no hay un simple texto en la Biblia que autorice el cambio, y tercero, que el mundo protestante sigue su dirección y reconoce su autoridad cuando ellos argumentan también que el domingo es una memoria de la resurrección.

Hay una verdad innegable en la afirmación que “la resurrección fue el milagro más grande que Cristo realizó, y demuestra en la forma más conmovedora la divinidad de Cristo . . .”

Fue realmente una manifestación del poder por el cual el Señor llamó los mundos a la existencia y por el cual El ganó la victoria en la cruz. Pablo testifica de esto:

“Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza,

“La cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos, y sentándole a su diestra en los lugares celestiales,

“Sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero:

“Y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia,

“La cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (*Efesios 1:19-23*).

El Dios eterno estableció en justicia eterna un monumento de sus poderosas obras en la creación original, la liberación de la esclavitud egipcia, la victoria de la cruz y la resurrección de Cristo. Ese monumento es el sábado.

Cuando un evento de gran significado ocurre en la experiencia humana como la liberación de una nación de la servidumbre de un previo despotismo, los hombres señalan un día para ser observado después de eso como un recuerdo del evento. El día escogido será la misma fecha en la que el suceso ocurrió. Por ejemplo, el 14 de julio de 1789, una banda armada de parisienses derrumbaron la Bastille, la notable prisión que había llegado a ser el símbolo de tiranía nacional. Desde 1880, el 14 de julio ha sido observado como un día festivo cuando la victoria es otra vez celebrada. En toda nación sobre la tierra se sigue esta práctica cuando ellas veneran alguna fecha de gran significado en su pasado.

Pero Dios no siempre lo hace de este modo. Por ejemplo, Dios vio que la fecha real del nacimiento de Cristo nunca fuera registrada en los anales de la historia o en los sagrados registros. Solamente una cosa es cierta. Cristo no fue nacido el 25 de diciembre. En cambio, el 25 de diciembre fue la fecha del nacimiento de Tammuz, el hijo ilegítimo de Semíramis que fue la reina de Babilonia. Este niño llegó a ser el dios terrenal en los misterios de Babilonia y es el ser que formó el centro de esa re-



La manera del mundo y de las iglesias terrenales es establecer sus instituciones en lugar de la de Dios. Esto conduce a toda forma de iniquidad y corrupción que, cubiertas de vestidos seductores, por eso reproducen aun más peligros para el alma. Dios invita a su pueblo con el poder del Evangelio, así como está manifestado en la resurrección de Cristo, para que resueltamente den la espalda a esos procederes y a sus malos resultados.

ligión que, durante los tiempos del Antiguo Testamento, fue el anticristo. Además de ser solamente de significado pasajero, el día de adoración conectado con este sistema religioso, fue el primer día de la semana.

De este modo, la era del Antiguo Testamento vio una organización religiosa en la que fue puesto como la deidad a un hombre para el cual no había apoyo bíblico en absoluto. El estaba allí por elección de hombre. Esto era suficientemente serio, pero lo que hace peor es el hecho de que él fue puesto por el hombre, como un hombre en lugar de Dios. En adición, ellos establecieron un día de adoración por elección de hombre en lugar del día por elección de Dios.

Durante seis días de la semana, Dios manifestó su poder creador llamando la tierra a la existencia, su manto vegetal, y sus habitantes. Pero no eligió hacer de estos días el monumento de lo que había sido hecho en ellos. El escogió otro día, el sábado, para cumplir esta función.

Más tarde, Dios demostró su poder liberando a los israelitas de la servidumbre egipcia. Las Escrituras no nos dicen en qué día de la semana ocurrió esto. Ciertamente nada hay para sugerir que ese día fue el sábado, ni habría estado en consistencia con Dios haberlos sacado en ese día. No importa cuál día de la semana fuera, Dios ciertamente no lo apartó para ser un día santo entre ellos. Antes, les informó que la llegada del sábado

cada semana, había de ser el recuerdo de las poderosas obras de Dios en ese otro día.

La experiencia de santificación individual viene a diferentes personas en diferentes días de la semana. Al hombre que experimentó la conversión el tercer día Dios no le ordenó apartar ese día para su memoria de la obra del poder de Dios en él. Ni al hombre que fue convertido en el primer día, o cualquier otro día, recibe instrucción de apartar esos días para el propósito. A cada uno se le dijo que el sábado había de ser el día cuando recordaría lo que Dios había hecho en él.

Cuando la transición es hecha en la era del Nuevo Testamento, no hay ninguna declaración de Dios al hecho de que El ha cambiado sus caminos. Pero hay declaraciones que confirman que El no varía sus procedimientos y métodos.

El, que en el Antiguo Testamento había testificado, "Porque yo Jehová no cambio" *Malaquías* 3:6, en el Nuevo Testamento continuó para declarar de sí mismo que El es ". . . Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación" (*Santiago* 1:17).

Si Dios hubiera cambiado su manera de conmemorar un evento en la era del Nuevo Testamento, esto habría sido una mayor modificación, pero la declaración afirma que no hay siquiera aun sombra de variación. Por lo tanto, podemos descansar en su promesa que Dios es "el mismo ayer, y hoy, y por los siglos" (*Hebreos* 13:8). Es mucho más sim-

ple cuando tenemos algo que es absolutamente confiable. No hay necesidad de preocuparnos en mantenernos al día con este y aquel cambio cuando se desarrollan. Esta confianza elimina todo temor.

En base de estos grandes principios de un Dios invariable, hay una valiosa comparación para ser hecha entre el trabajo de Dios en el primer día de creación y la resurrección de Cristo.

En la obra original El llamó, por su gran poder, la luz a la existencia. Cuando resplandeció y disipó las tinieblas, fue una gran maravilla, trayendo una bendición al hombre digna de incesante conmemoración y gratitud. Ciertamente fue una consecución que excedió mucho más que la libertad ganada en el día de Bastilla, la victoria americana en la lucha por la independencia, o el triunfo de la segunda guerra mundial. Si estos eventos fueron dignos de ser recordados, entonces el llamado de la luz fue mucho más. Ella abre a los hombres maravillosas bendiciones; es un elemento esencial para su subsistencia y para el desarrollo en todo campo del vivir, y llena la tierra, el mar, y el firmamento de una hermosura que de otro modo se vieran en impenetrable oscuridad.

Dios fue bien habilitado para estimar el valor de este don y vio que él merecía un recuerdo. Al señalar el día en el que el evento había de ser recordado, no siguió los métodos de los hombres. Ellos eligen la fecha del calendario y la ponen aparte

para la observancia anual, pero Dios no hace esto. Antes, escogió un día para observarse, no en una base anual sino en una semanal. El día elegido no fue el día en el que el evento ocurrió. Fue un día completamente separado. Para conmemorar lo que tomó lugar en el *primer* día de la semana, Dios apartó el *séptimo* día como un monumento. Este día conmemorativo no es sólo el día especial para recuerdo de la obra creadora de Dios en el primer día, sino lo que El realizó también en cada uno de los otros días de esa primera semana.

De este modo, *Dios* dividió la semana en dos partes. La primera parte compuesta de seis días, fue la porción en la que El trabajó, mientras que la otra, el séptimo día, fue apartada como el monumento de lo que había hecho durante el primer y más largo período.

Ninguno puede contradecir felizmente que esto no es así, porque Dios declara explícitamente que esto es lo que ha hecho. A través de todo el primer capítulo de *Génesis*, el Espíritu Santo describe las obras progresivas hechas en cada día sucesivo de creación. En la primera parte del capítulo siguiente está bosquejada la diferente forma en la que Dios se relacionó con el séptimo día.

“Y fueron acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos.

“Y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra que hizo.

“Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó,

porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (*Génesis* 2:1-3).

Dios no hace cosas en una base temporaria. Por lo tanto, lo que El estableció allí fue por la eternidad. Desde ese punto en adelante, propuso que esa debía ser la institución aceptada incondicionalmente entre su pueblo. Pero ellos olvidaron las obras y caminos de Dios y necesitaron que El les recordará esta distinción divinamente instituida entre los primeros seis días y el séptimo.

Por esta causa, cuando Israel arribó al Sinaí, el momento oportuno había llegado para reiterar los principios del gobierno divino. Esto nunca debió ser necesario, pero así fue porque sus mentes se habían entenebrecido por la transgresión olvidando la distinción entre los primeros seis días y el séptimo día.

De este modo, Dios les recordó que les había señalado seis días en los cuales podían hacer su trabajo, pero que el séptimo estaba en una base diferente. El personalmente lo había santificado como un monumento de su obra creadora. Al hacerlo así, había un bendito propósito de amor. Mientras este estudio avanza, la sabiduría de su acción llegará a ser progresivamente clara.

Cuando Dios pronunció la ley en el Sinaí, no dijo nada diferente de lo que había dicho en el principio en *Génesis*. Compárese cuidadosamente el registro de *Génesis* citado antes, con las palabras de *Exodo*.

“Acuérdate del día de reposo*, para santificarlo:

“Seis días trabajarás, y harás toda tu obra;

“Mas el séptimo día es reposo* para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas:

“Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día: por tanto, Jehová bendijo el día del reposo* y lo santificó” (*Exodo 20:8-11*).

La comparación del registro de *Génesis* con esto, confirma que no hay la mínima desviación entre lo que Dios había establecido en el Edén y reiterado en el desierto. Sea antes de entrar el pecado o después de él, las obras de Dios eran las mismas.

Entonces ha de ser esperado, que mientras los siglos transcurrieran, nunca habría desviación en los caminos de Dios. Un evento comparable con la aparición de la luz en el primer día de la semana, fue la resurrección de Cristo, que, como la luz del mundo, se le llamó de las tinieblas a la luz en esa maravillosa mañana. Mientras marcaban las horas anteriores a este evento, la oscuridad que lo rodeaba era igual a la intensidad de aquellas horas antes que Dios hiciera la luz. Ningún hombre sobre la tierra, incluyendo sus discípulos que lo

* Aquí equivale a sábado

amaban y anhelaban verlo resucitar, tenía el poder para disipar esa sombra de medianoche. Unicamente a través del poder de Dios podía esto ser hecho.

De este modo, había sido en la mañana del primer día de creación.

Por lo tanto, Dios hizo la cosa idéntica en la resurrección de Cristo a lo que hizo cuando dijo: "Sea la luz", y esto fue exactamente como El dijo. La mayoría aun consideraría la resurrección de Cristo a la tierra de los vivos, como siendo más digno de atención y conmemoración que lo otro. No hay duda que tiene mayor grado como uno de los más grandes eventos eternos y es más digno de ser por siempre recordado, como realmente lo será.

Cuando algún ser humano que ha experimentado el poder salvador de la gracia de Dios, ve y aprecia el significado de la resurrección de Cristo, él tendrá naturalmente un gran entusiasmo por un monumento del evento. Pero ninguno sucumbía a la tentación de fundar tal monumento, porque al hombre no le es dado hacer esto. Dios decide esto. Al hacerlo, El actuará en armonía con los consejos eternos de su infinita sabiduría y amor. En eso, ha determinado que los primeros seis días no son días para ser usados para monumentos de ninguna manifestación de su poder. Otro día, el séptimo, ha sido señalado por El para este propósito.

Cristo llevó a cabo la voluntad de su Padre a la

perfección. El no vino a introducir innovaciones en los caminos de su Padre, sino para conformarse a ellos en todo particular, y por esta razón colocando un ejemplo para nosotros. Así El descansó el séptimo día y se levantó para participar en las prodigiosas obras de Dios el primer día de la semana.

Por lo tanto, esto indica que el séptimo día de la semana es el monumento de la resurrección de Cristo y no otro. Es cierto que nosotros no tenemos una específica declaración de Dios de este efecto análogo a su explícita declaración en *Génesis*. Pero tal confirmación no es necesaria. En el principio, Dios dio los primeros seis días para un cierto propósito y el séptimo para otro. No hay necesidad de que El lo diga vez tras vez. Una vez es suficiente. Sólo se repitió en el desierto porque el pueblo estaba tan ciego espiritualmente que habían perdido su camino y no podían hallarlo otra vez. Pero nosotros vivimos en un siglo de luz cuando ninguna excusa puede ser ofrecida por no ver estos principios vitales.

Lo que nosotros tenemos es el testimonio de Cristo. El demostró que el único camino que conoció fue el camino de su Padre. El sabía lo que el Eterno había hecho con los días de la semana y actuó, vivió, murió, descansó y resucitó en exacta armonía con esos principios.

Si por medio de Cristo Dios hubiera intentado un procedimiento radical en cuanto a cambiar lo que El personalmente había establecido y mante-

nido a ese punto, ciertamente lo habría comunicado en claras palabras a sus hijos terrenales. Nosotros podemos estar seguros de esto porque El personalmente ha declarado que lo hará.

“Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (*Amós* 3:7).

No hubo carencia de profetas en los días subsiguientes a la ascensión de Cristo, el período mismo cuando se pretende que el cambio fue hecho del séptimo al primer día de la semana. No obstante, Dios no comisionó a ninguno de ellos para declarar que tal cambio había sido hecho. Si el Señor hubiera hecho un cambio, sin haberlo comunicado por medio de sus profetas, entonces es descubierto ser una persona que no cumple sus promesas. Es un Dios imperfecto, que, a causa de comprometerse en un error, no se puede confiar en El para que cumpla su palabra. Piénsese en lo que significaría para nosotros las terribles implicaciones de tal inconsistencia por parte de Dios. La fe viva sería una práctica imposible, porque nosotros sólo podríamos creer cuando realmente lo viéramos acontecer. Para que la fe pueda tener una base, Dios debe ser absoluta e infinitamente confiable. No puede haber un simple ejemplo cuando El falle hacer lo que dice que hará. Por lo tanto, cuando dice que no hará nada excepto revelar sus secretos a sus siervos los profetas, entonces no puede hacer una cosa sin que haga esta revelación. Si

El hubiera decidido cambiar el día conmemorativo del sábado por el domingo, entonces lo habría declarado por medio de los profetas. La ausencia de tal comunicación, especialmente cuando había muchos profetas disponibles para hablar por medio de ellos, es una confirmación absoluta de que el Señor no cambia, que el patrón que divide la semana en dos partes permanece todavía. Los primeros seis días han sido señalados por Dios para trabajar, mientras que el último es el monumento de lo que Dios hizo en los primeros seis días. De este modo, el sábado se estableció en el principio, se confirmó en el Sinaí, lo obedeció Cristo en la muerte y resurrección, y así será eternamente.

La principal exponente del traspaso de santidad del sábado al domingo es la Iglesia Católica Romana. Este pueblo no hace ningún intento de aseverar que existe una orden o dirección de Dios anunciando tal cambio. Ellos abiertamente admiten que no la hay. Esto debe ser suficiente, pero tan determinado es el hombre para fundar sus propios caminos en lugar de los de Dios, que esta organización halla millones de personas que están preparadas para aceptar sus instituciones en lugar de las de Dios.

Con todo, el papa es consciente de su necesidad de remover toda apariencia de rebelión contra Dios. La Iglesia Católica está ansiosa y resuelta a que todos los hombres crean que ella es la expresión de la voluntad de Dios y el único y verdadero

canal a través del cual las bendiciones de Dios fluyen a la humanidad. Para lograr esto ella contiene que mientras Dios no ha hecho ningún cambio, le ha dado a la iglesia autoridad para hacerlo. He aquí sus propias palabras a este efecto:

“La iglesia recibió la autoridad para hacer tal cambio de su Fundador, Cristo Jesús. El solemnemente otorgó a su iglesia el poder, para legislar, gobernar y administrar . . . el poder de las llaves” (*The Faith of Millions*, pág. 543).

Esta no es la única ocasión cuando este reclamo fue hecho. Repetidamente, esta idea ha sido mantenida delante del pueblo. He aquí una o dos más.

“Tu puedes leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y no hallarás ni un renglón autorizando la santificación del domingo. Las Escrituras imponen la observancia del sábado”, James Cardenal Gibbons, (*The Faith of Our Fathers*, pág. 89, edición 88).

“Agradó a la iglesia de Dios, que la celebración religiosa del día sábado debiera ser transferida al ‘día del Señor’” (*Catechism of the Council of Trent*, parte III, capítulo 4, pág. 347 de la rev. J. Donovan, traducción D.C.).

“Nosotros observamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica, en el concilio de Laodicea (año 336) transfirió la solemnidad del sábado al domingo” (*The Convert's Catechism of Catholic Doctrine*, pág. 50, séptima edición).

De hecho, la Iglesia Católica está debatiendo

que Dios no tiene más necesidad de anunciar por medio de los profetas lo que El hará, porque la iglesia ha tomado tan completamente su lugar que, en cambio, ella hace el anuncio. Por su puesto, este es el máximo pecado. Dios nunca puso la iglesia en su posición. Eso no es posible. Por lo tanto, la iglesia asumiendo la posición por sí misma, no sólo busca así reemplazar a Dios sino con eso rompe la conexión con El.

Al ponerse a sí misma en lugar de Dios, ella puso naturalmente sus caminos en lugar de los caminos de Dios. En vista de que con Dios hay sólo dos clases de días, en los que El hace su obra y el que aparta para conmemorar esa obra, con los hombres el día en el que la obra es hecha y el día que conmemora esa obra son lo mismo.

El problema delante de cada persona es si ella acepta los caminos de Dios o los del hombre. Si hace lo primero, entonces ella reconocerá el sábado como el único día apartado para conmemorar la resurrección. Si hace lo último, entonces observará el domingo para tal propósito.

No es difícil determinar la categoría en la que cae el día de la resurrección. Es el primer día de la semana, el día señalado por Dios para trabajo, realización y actividad, no un día de conmemoración. Otro día, el séptimo día, ha sido señalado para este propósito.

El primer día de la semana nunca ha sido usado por Dios, o por los que están bajo su dirección

personal, para algún otro propósito que el trabajo. Dios nunca lo ha separado como un recuerdo para un evento. Aun la Iglesia Católica Romana admite eso. Por lo tanto, el símbolo para la manifestación del poder de Dios en la resurrección nunca podía, por verdadero razonamiento, ser el primer día de la semana. El sábado es el único día que podía ser guardado por el verdadero pueblo de Dios como un monumento de la resurrección del Salvador. Rechazar el sábado como tal, es descartar los principios de la Palabra de Dios y seguir el falso razonamiento de los hombres de quienes Jesús dijo, "Mas en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres" (*S. Mateo 15:9*).

Reposo de Dios

“Y díles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico” (*Ezequiel 20:12*, V. A.).

Este es el testimonio de Dios en el Antiguo Testamento de que el sábado es el símbolo de su poder creador en el cambio del hombre de pecador a santo.

El Dios invariable no alteró esta relación entre la manifestación de su poder y el sábado cuando comenzó la era del Nuevo Testamento. Ha habido muchos argumentos sugeridos para discutir que El lo hizo, pero las Escrituras no apoyan tales posiciones. Hablando por medio del apóstol Pablo años después de la muerte y resurrección de Cristo, Dios confirmó que el sábado era todavía su inapreciable don para su pueblo. El registro de esto se halla en *Hebreos 3 y 4*.

La verdad enfatizada más notablemente en este pasaje es la relación entre conocer y seguir los caminos de Dios y entrar en su reposo. Dios solemnemente protestó que para los que no conocen sus caminos, no hay reposo. Esta es una grave suerte,

porque no sólo involucra la privación del reposo de Dios en esta vida sino también la pérdida de la existencia eterna. Todo los que siguen los caminos del hombre en preferencia de los de Dios, nunca ven el reino de los cielos.

Para demostrar la verdad de esto, se hace referencia a la experiencia de los israelitas cuando llegaron a las fronteras de la tierra de Canaán por primera vez. Después de haber tenido y haberles sido demostrado los éxitos de los caminos de Dios desde que dejaron a Egipto para que no tuvieran causa ni razón para desviarse de esos caminos, allá, ellos volvieron a los procederes de su propia invención. Hicieron esto en la demanda de selección y envío de los doce espías. De este modo, ellos demostraron que, aunque habían sido testigos de los caminos de Dios, realmente no los habían aprendido. Así que Dios habló de ellos:

“A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos.

“Por tanto, juré en mi ira: No entrarán en mi reposo” (*Hebreos 3:10, 11*).

Es importante que no se pierda la fuerza de este pasaje. Hay una relación positiva entre la declaración y la conclusión sacada. “. . . Y no han conocido mis caminos”. Así que “. . . No entrarán en mi reposo”.

Esto no fue un juicio arbitrario por parte de Dios, la expresión de un espíritu vindicativo con-

tra los que no le obedecían y no harían su voluntad. Ese no es el carácter de Dios. El fracaso del pueblo de entrar en el reposo de Dios se debió a la consecuencia natural del curso que eligieron. Solamente Dios tenía la sabiduría y poder para liberarlos de la intranquilidad y establecerlos en la tierra prometida. Cuando dejaron ese poder y procederes y se volvieron a su propia manera, les era imposible obtener lo que ellos buscaban. Con inexplicable tristeza de corazón, Dios no halló más opción que dejarlos a los resultados de su propia necesidad. La historia registra que ninguno de ellos entró en la tierra prometida. Mas bien, cada día traía el tedioso caminar a través de las barreras baldías de la península del Sinaí. ¡Cuánto debieron sus corazones anhelar y reclamar el descanso de la incesante e inútil marcha!

Su necesidad inmediata era el reposo físico, pero la necesidad básica y real era el reposo espiritual. Sólo cuando ellos tomaran posesión de lo último podían experimentar lo otro. Pero para obtener el reposo de Dios requería el alcance de la fe viva y esto era el problema. Repetidamente Pablo hace el punto que “. . . no pudieron entrar a causa de incredulidad” (*Hebreos 3:19*).

Los caminos de Dios son tan diferente de los caminos del hombre que no es posible que el ser humano los entienda y los acepte sino por fe. Cuando el hombre lo hace, entonces para su asombro ellos comprueban ser perfectos y eficientes. El se

halla a sí mismo en la situación de problemas resueltos, caminos torcidos hechos rectos, y planes hechos y ejecutados con sabiduría. Cuando está ausente la fe en la sabiduría y poder de Dios, entonces los hombres vuelven a sus propias obras todo el tiempo y al hacerlo, se privan del reposo y la paz de Dios. Sucesivamente, esto es perder el santo sábado. Esto no significa que la persona renuncia necesariamente a la observancia del sábado. Mas bien, es común para el pueblo que ha perdido el reposo real de Dios continuar la observancia exterior de lo que es un símbolo o monumento del día. Pero, debido a que el poder y presencia de Dios no está más en la vida, entonces tampoco el sábado está más allí. Cuando el poder y reposo de Dios salen, entonces el sábado desaparece también. La sola observancia de un día no es guardar el sábado.

Este es el triste registro de la historia. Para este pueblo, Dios le dio la bendita oportunidad de entrar en su reposo, y, por un tiempo, ellos estuvieron preparados para andar en los caminos de Dios. Pero entonces ellos se apartaron de los caminos de Dios para seguir los suyos con las trágicas consecuencias de la pérdida de comunión con Dios y las derrotas subsecuentes por sus enemigos. Así demostraron que los caminos de Dios no habían llegado a ser establecidos en ellos. No se habían sometido a la sabiduría superior de su Padre celestial. Su orgullo y espíritus rebeldes continua-

ban en desafío a los llamados e instrucciones de Dios. Generación tras generación repitió la carencia similar de suerte que ninguna de ellas entraron en el reposo de Dios.

Todo lo que Dios podía decir era “. . . Y no han conocido mis caminos. *Así que* “. . . No entrarán en mi reposo” (*Hebreos 3:10, 11*).

Por lo tanto, para entrar en el reposo de Dios, es esencial que los caminos de Dios sean conocidos y seguidos con invariable fidelidad. Esta es una regla que no puede ser quebrantada. Dios no ha decretado arbitrariamente que esto sea de esa manera. Es así porque Dios solo tiene la sabiduría y el acceso a la información necesaria para hacer planes que son infaliblemente perfectos. Con su accesibilidad total como guía, hacedor del plan, y solucionador del problema, no tenemos necesidad de tener las capacidades que El tiene para cumplir estas funciones. Al mismo tiempo, no es posible a los humanos tener pleno acceso a toda información mientras esto viola los derechos privados de otros. Por lo tanto, es mejor que Dios sea el hacedor del plan y que todo individuo reconozca y siga al Señor como tal. Todo es muy simple. Sígase los caminos de Dios y el descanso perfecto se asegura para el presente y la eternidad. Ignorar esos caminos, para seguir en cambio tus propios caminos, te privarás del reposo en esta vida y la que sigue. De manera que, la búsqueda más importante en nuestra vida debe ser comprender lo

que son los caminos de Dios, porque solamente los que lo hacen, entran en el reposo de Dios.

Esto no es meramente alivio de las angustias y problemas físicos. Eso es únicamente el resultado secundario. Primero, tiene que entrarse en la experiencia espiritual de unidad con Dios que sólo puede ser logrado por el ejercicio del poder de Dios que es el Evangelio de Cristo. Esta ha de ser una condición que no sólo se limita a un día de la semana, sino ha de ser un reposo permanente morando todo los siete días de cada semana desde ahora y por la eternidad. Esto no significa que todo día se guarda como sábado. Únicamente un día ha sido señalado para este propósito, y éste es el séptimo día de la semana. Si el propósito de este día iba a proveer nada más que alivio físico, entonces cualquier día de la semana igualmente serviría. Pero Dios apartó este día como un día especial de comunión espiritual entre El y sus hijos, así suministra frescas revelaciones de su sabiduría y poder mientras estimula la fe ferviente en su amor y sabiduría. El alma, al aferrarse de estos dotes, la entrada en el reposo se profundiza, se ensancha, y el alma experimenta un caminar con Dios más positivo y exitoso.

¡Cuán pocos en toda la historia pasada han entrado en esto! En algunos tiempos el pueblo de Dios marchó con éxito, sólo para que al poco tiempo volviera a sus propios caminos. Terribles fueron entonces las pérdidas.

“Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado” (*Hebreos 4:1*).

No había necesidad de que ellos fallaran en lograrlo más que nosotros, “Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (*Hebreos 4:2*).

El Evangelio es el poder de Dios para salvación del pecado como Pablo lo testifica en *Romanos 1:16*. Es el medio por el cual somos santificados o hechos santos. Esta es una obra de recreación que sólo puede ser realizada por Dios. Es por esta razón que en la justicia de Cristo no ha de ser hallado un hilo de invención humana.

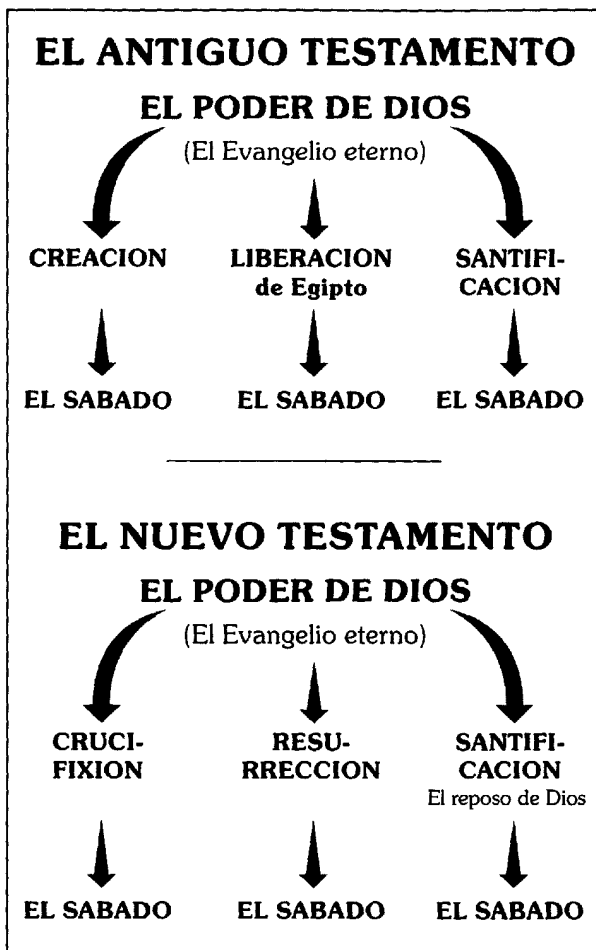
En el Antiguo Testamento la señal de la santificación del alma es el día séptimo, sábado. Pablo ahora conecta inmediatamente la presencia del poder de Dios en la vida para renovar el corazón con la gran verdad del sábado.

“Pero los que hemos creído, entramos en el reposo, de manera que dijo: Por tanto, juré en mi ira, No entrarán en mi reposo: aunque las obras suyas estaban acabadas desde la fundación del mundo.

“Porque en un cierto lugar dijo así del séptimo día: Y reposó Dios de todas sus obras en el séptimo día.

“Y otra vez aquí: No entrarán en mi reposo” (*Hebreos 4:3-5*).

Nunca hubo un tiempo en la historia de la hu-



manidad cuando esta bendición no estuviera disponible. El poder creador de Dios completó la creación de este mundo y lo que en él habita en seis días. El Señor estableció el sábado en el séptimo día como el testimonio de ese poder y ni el poder ni el sábado de Dios han sido separados desde entonces. La continua presencia del sábado como es fielmente poseída por el pueblo remanente de Dios es el testimonio en la tierra al hecho de que el poder nunca ha sido separado. Por lo tanto, en cualquier tiempo que alguien escogió creer en el poder de Dios, entró en reposo y así vino a tomar posesión del sábado. El poder nunca cambia, el sábado nunca cambió y, por lo tanto, la oportunidad nunca cambió.

Pablo reconoció que el pueblo de los tiempos de Josué falló en aprovecharse de las misericordiosas y poderosas provisiones ofrecidas en el Evangelio de Cristo. Pero esto no impidió otro día de oportunidad que se suministró en los tiempos de David. Cuando ellos a su turno fracasaron, ningún cambio fue hecho, ninguna separación fue efectuada por Dios. Pablo, en su propio tiempo, pudo testificar todavía que, "Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios" (*Hebreos 4:9*).

Así como Pablo consistentemente habla del reposo de Dios en todo este argumento, tan distinto de algún otro reposo, es importante que se reconozca la clase de reposo del que se está hablando en este versículo.

La palabra "sabbatismos", que significa un sá-bado de reposo, se usa antes que las palabras grie-gas que simplemente significan un descanso de los problemas y labores físicos.

Es por esta razón que la lectura marginal para este versículo interpreta lo siguiente: "Por tanto queda un reposo para el pueblo de Dios".

Esta declaración inspirada fue hecha aproxi-madamente treinta años después de la crucifixión y resurrección de Cristo. En ese punto del tiempo, el sábado de Dios *quedaba* para el pueblo de Dios. Por lo tanto, él sábado nunca había sido abolido. El anterior punto es: "Porque no hará nada Jehová el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas" (*Amós 3:7*).

Fue argüido que el Señor no podía cambiar el sábado sin declararlo por medio de los profetas que eran muchos subsecuente a la crucifixión. Dios solamente no hizo anuncio alguno de cambio, sino aquí El declara completamente lo contrario por medio de su profeta. El dice que el sábado, lejos de ser abolido, *queda* para el pueblo de Dios. Si *Dios* declara que queda un reposo, *entonces él queda*. Su continua presencia es el camino de Dios, mientras que cualquier cambio es desviación de los procederes de Dios y la segura introducción de inquietud y problema.

Pero, como el Evangelio es el poder de Dios sólo para los que creen y no para ningún otro, así el sá-bado queda, no para todos, sino *para los hijos de*

Dios. De manera que, Pablo no pudo y no dijo que el reposo quedaba para los judíos, aun cuando eran observadores cuidadosos del séptimo día. Ellos habían perdido el sábado cuando fracasaron en retener el Evangelio. De hecho, debido a que la mayoría de ellos nunca experimentaron el poder transformador del Evangelio, en ninguna manera ellos nunca tuvieron el sábado. Por lo tanto, él no podía quedar para los que nunca lo habían poseído en primer lugar.

Pero para el pueblo de Dios queda un reposo. El sábado era para ellos tanto el símbolo del poder de Dios como lo era en los días de Moisés y Elías.

¿Cómo podría serlo de otro modo?

No ha habido cambio en el poder divino, en el Evangelio, en los caminos, principios o procederes de Dios, en sus métodos de creación, en su misericordia, amor y gracia, o cualquier otra cosa que emane del Altísimo.

Si no ha habido cambio en ninguna de las cosas simbolizadas por el sábado, entonces no puede haber un cambio del símbolo. Si el símbolo ha de ser cambiado, entonces tiene que haber primeramente un cambio en las cosas simbolizadas. Lo antiguo tiene que desaparecer y el nuevo orden tomar su lugar.

Pero no hay nuevo orden de cosas para ser introducido. Los caminos de Dios son establecidos en justicia eterna y perfecta. Ellos no pueden ser mejorados, y cambiarlos sería admitir que fueron

imperfectos en la primera creación y se necesitó modificación en la segunda. Dios está por encima de tales cosas. El no es un hombre que debe aprender por la experiencia. Su conocimiento es infinito desde el principio. Por lo tanto, El es infaliblemente libre de equivocaciones. Nunca ha cometido una equivocación y nunca la cometerá. No nos ha ofrecido lo mejor de una selección de caminos comparables de vida. El suyo es el único.

Por lo tanto, cuando la perfecta creación de Dios fue manchada y destruida por la entrada del pecado, para que fuera igual a la perfección original su reconstrucción había de ser una réplica exacta de la original.

Satanás acusa a Dios de haber hecho una creación imperfecta y demanda que sean hechas modificaciones. Por casi seis mil años él ha buscado incansablemente efectuar estos cambios. Desafortunadamente, la mayoría de la familia humana lo apoya en estos esfuerzos. Pero Dios no puede ceder a estas demandas bajo ninguna circunstancia. Si lo hiciera, entonces sería responsable de establecer en el universo un modo de cosas que destruiría para siempre la paz y la prosperidad. Los efectos de las modificaciones planeadas por Satanás se manifiestan ante nosotros en guerra, violencia, enfermedad, muerte, y otras mil miserias. Dios no está preparado para imponer tales condiciones en sus amados hijos. El nos ama tan profundamente como para hacer eso.

Dios no puede cambiar. El es la perfección de sabiduría cuyas obras no dejan lugar para el mejoramiento. Es imposible que alguna criatura que Dios haya hecho sea más sabia que El. Sin embargo, bajo el gobierno de Satanás, millones exigen que Dios cambie. Al hacerlo, ellos están reclamando que son más sabios que su Creador. Este es un reclamo absurdo. Si fuera verdad, significaría que el pecado fuera justificado después de todo y que Dios era injusto al destituir a Satanás del cielo. En cambio, El debía haber estado agradecido con Satanás por haberle mostrado dónde las cosas podían y debían ser mejoradas. Significaría también que Dios es un mentiroso cuando sostiene firmemente que ningún cambio se necesita.

Todo esto significaría que Dios no es realmente Dios, sino un ser de gran inferioridad.

Los que insisten que se hagan cambios en el gobierno de Dios están diciendo todas estas cosas contra El. No se dan cuenta de las implicaciones de sus acciones, pero esto no altera la gravedad de lo que ellos están haciendo. Ellos están unidos totalmente a las filas de Satanás al buscar poner con él, la sabiduría y poder de la criatura, por encima de su Creador.

Pero, a pesar de los esfuerzos puestos en acción por Satanás, el poder, caminos y sábado de Dios, permanecen. Por lo tanto, todas estas cosas continúan para ser la posesión del pueblo de Dios, así distinguiendo a sus seguidores de los hijos de Sa-

tanás que no tienen ninguna de ellas. Así que, las dos clases son claramente identificadas. Todos los que son activamente partidarios de los cambios en los caminos de Dios, involucrando la institución del domingo en lugar del sábado de Dios, no pueden ser sus hijos, porque para ellos no queda reposo. Al contrario, de los hijos de Dios es dicho, “por tanto, *queda* un reposo [la guarda del sábado] para el pueblo de Dios” (*Hebreos 4:9*).

Un Nuevo Cuerpo y un Nuevo Hogar

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados,

“En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad.

“Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?” (*1 Corintios 15:51-55*).

Así se describe por inspiración esa maravillosa mañana de resurrección cuando los santos que duermen se levantarán para saludar a su Libertador.

“Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descen-

derá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero.

“Luego nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor” (*1 Tesalonicenses 4:16, 17*).

Este será el segundo de los tres grandes actos de restauración por lo cual se le devolverá al hombre aquello que ha sido tomado de él por el pecado.

En el principio, Dios creó para el hombre un hogar perfecto en anticipación al subsecuente, formando del polvo un templo corporal perfecto dentro del cual Dios colocó una naturaleza espiritual y perfecta. Con estos tres grandes dones, el hombre fue completo. El no necesitaba nada más. Todo lo que le restaba era desarrollar en el impecable gozo aquello que Dios designó que debía tener eternamente.

En el instante que el pecado entró, el hombre perdió su naturaleza espiritual que fue reemplazada por la naturaleza y espíritu de Satanás. Si Cristo en el instante no se hubiera interpuesto entre el pecador y la muerte, el hombre habría perdido ese día las dos cosas, el templo del cuerpo y el hermoso hogar. Pero se le extendió tiempo de prueba así habilitándolo para continuar usando su cuerpo y su hogar, aunque los dos eran progresivamente corruptos por el pecado.

Eventualmente, el cuerpo muere y regresa al polvo. De este modo, el hombre pierde el segundo de estos dones esenciales. Lo último de todo para desaparecer será la tierra o lo que es dejado de ella después de los efectos desgastadores de seis mil años de pecado. Entonces, cuando la mano de Dios sea completamente retirada del control de los elementos de acuerdo con la decisión y solicitud final del hombre, el fuego destruirá totalmente este planeta para dejarlo como él era en el principio, "desordenado y vacío".

A través del plan de salvación, Dios se propone devolver al hombre todo lo que ha perdido y más. Los dones originales vinieron en un cierto orden y fueron perdidos en una secuencia reversa. Durante la restauración, lo que fue perdido primero ha de ser recreado primero, lo segundo perdido será devuelto en segundo lugar, y lo último que desapareció es el que será dado de último. Así que, la recreación de lo espiritual tomará lugar primero, seguido por la segunda venida suministrando el don de carne y sangre inmortal, seguido al final por la creación de nuevos cielos y tierra al terminar el milenio.

Es obvio que se extenderá un largo tiempo entre cada uno de estas restauraciones progresivas, mucho más del que fue en la original. En el principio fue todo terminado en seis días, pero se requerirá siete mil años para terminar la obra de restitución. Esto no es debido a limitaciones por

parte de Dios. El hombre debe desempeñar cierta función antes de Dios ser libre para efectuar el milagro de la existencia. A causa de que somos lentos para aprender lo que debemos hacer y estar dispuestos a realizarlo, la demora es introducida. Si no fuera por esto, la obra de Dios habría sido terminada hace mucho tiempo.

Pero, aun cuando hay demora, Dios lleva acabo su obra recreativa exactamente como lo hizo en su creación original. No habrá diferencia excepto el espacio de tiempo entre cada restitución. En la creación original, Dios inició con nada. Así será en la recreación. Será hasta cuando pase totalmente lo que ha sido dañado por el pecado, que Dios pondrá lo nuevo en su lugar.

Ninguno ha tenido dificultad en ver esto en cuanto al don del nuevo cuerpo y nueva tierra se refiere. En la mañana de la gran resurrección los cuerpos de los santos en sus tumbas se habrán vuelto polvo tan plenamente que no habrá ninguna diferencia entre la condición de Adán como polvo antes de Dios crearlo y su condición en la mañana de la resurrección antes de que la voz del Arcangel lo llame de nuevo a la vida.

Así también, al final de los mil años, el fuego final habrá reducido la tierra a la misma condición de desorden y asolación como era en el primer día de la creación. Solamente cuando eso vuelva a esa condición, el Señor comenzará a reconstruir la bella creación. El punto de comienzo en la primera y

segunda creaciones es el mismo. En ningún caso es una modificación o mejora de cosas ya existentes, sino el llamado a la existencia donde previamente nada había de las prodigiosas obras creadas de Dios. El Creador hará en el reemplazo de lo que está perdido, exactamente lo que hizo en la primera instalación.

Aunque ninguno tiene dificultad en ver que Dios no comienza la recreación de la tierra o el cuerpo humano hasta que lo viejo completamente haya pasado, muy pocos ven y aceptan plenamente que la antigua naturaleza espiritual tiene que ser erradicada antes de que el nuevo nacimiento pueda tomar lugar. Sin embargo, esto está tan claramente enseñado en las Escrituras como lo está la verdad concerniente al reemplazo de esta carne pecadora y este viejo mundo. La idoneidad para el cielo nunca puede ser adquirida por modificación o mejora de la antigua naturaleza. Así que, está escrito:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 *Corintios* 5:17).

Para muchos, el poder de este pasaje es perdido porque ellos no hacen una distinción entre el cuerpo carnal y la naturaleza espiritual que vive en ese cuerpo. Por lo tanto, sabiendo perfectamente bien que cuando un hombre se convierte en un verdadero hijo de Dios, ninguna de las cosas viejas que son de su cuerpo pasan, él considera este

versículo como siendo una figura de lenguaje antes que una realidad.

Cuando es entendido que la obra de recreación nada tiene que ver con el cuerpo de un hombre a este punto sino sólo con la naturaleza espiritual, entonces no es difícil entender que todas las cosas han pasado en hecho y han sido reemplazadas con una nueva vida enteramente diferente. Esa vida es la única vida espiritual que recibimos, porque Dios no suministra una temporaria hasta el día de la resurrección y entonces nos da la vida eterna. En ese tiempo, El simplemente provee un cuerpo inmortal como la morada nueva y eterna en la cual la vida espiritual ha de morar y a través de la cual ha de funcionar. En el intervalo entre la conversión y la muerte de la carne pecadora, la nueva y la misma vida espiritual tiene que habitar allí, y halla expresión a través de la carne caída y pecadora. Esto significa, por supuesto, que hasta la resurrección se desarrollará la plena potencia de la naturaleza espiritual.

Pero, aun cuando está limitada en su manifestación, sin embargo, ella es vida eterna. Jesús reiteró esta verdad en la discusión con los que, en el día anterior, habían sido alimentados milagrosamente con los panes y los peces y lo habían seguido a Capernaum para determinar la verdadera naturaleza de su misión.

“De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero” (*Juan 6:47, 54*).

Más tarde, la verdad idéntica fue repetida por el escritor del Evangelio.

“Y este es el testimonio; que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo.

“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.

“Estas cosas he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios” (*1 Juan 5:11-13*).

Ninguna de estas declaraciones de labios de Cristo hablan de una vida eterna para obtenerse *solamente* en el futuro cuando Cristo regrese. El habló de ella como una posesión presente así como la bendición para ser experimentada en su venida del reino eterno. Obviamente, cuando pronunció estas palabras no se estaba refiriendo al cuerpo humano, porque inmortalidad nunca es hallada en la carne pecadora y caída, ni tenemos carne santa y sin pecado en este punto de regreso del Salvador.

En cambio, se estaba refiriendo a la vida espiritual que habita en la carne caída del verdadero convertido, precisamente como la presencia y morada de Dios en el antiguo santuario. Una vez esa vida eterna de lo alto ha entrado en el templo terrenal del hombre, el creyente ha adquirido la

vida eterna que estará con él a través de toda la eternidad con tal de que conserve la justicia de Cristo y pase el juicio. Mientras dure esta vida, ese poder eterno tiene que funcionar dentro y por medio de carne caída y pecadora, y cuando Cristo regrese ella se unirá a la carne inmortal e incorruptible.

Es por un milagro del poder creador de Dios que el don es impartido al creyente. Dios habla y es hecho; El manda y existe. Después de eso, el proceso de la santificación se desarrolla en madurez del poder de vida infundido en el hijo de Dios, mientras al mismo tiempo reeduca la mente en los principios del cielo. Dios es la única fuente de tal vida, porque por su poder sólo puede ella ser impartida.

De igual manera, únicamente Dios tiene el poder para dar al hombre un nuevo cuerpo y un nuevo hogar. Cuando Cristo regrese, mirará hacia abajo los lugares donde sus hijos yacen y ve exactamente lo que El contempló en el sexto día de creación —polvo. Pero, en ese polvo, El reconocerá a su pueblo. Como Dios llamó a Adán a la existencia, así llamará otra vez al pueblo del polvo. El pronunciará la palabra y así será. No habrá ninguna diferencia de los procederes usados en el Edén.

Si no hay diferencia en el uso del poder omnipotente y los procederes que se aplicaron en el Edén y que se aplicarán a los que resucitarán del polvo en la segunda venida de Cristo, entonces no pue-

de haber cambio en el símbolo. Tan ciertamente como el sábado es el monumento señalado por Dios de su poder en el trabajo de hacer al hombre en el Edén, ciertamente así tiene que ser el monumento para la recreación del hombre cuando El regrese. Este es el poder mismo con los procederes idénticos, completando el trabajo idéntico. Por lo tanto, el monumento mismo tiene que permanecer. Ciertamente lo es.

Subsecuente a esta conmovedora realización, los santos vivirán en el cielo por mil años. El espíritu eterno de vida recibido en la experiencia del nuevo nacimiento será unido a un cuerpo inmortal e incorruptible. Todo lo que restará será la reconstrucción de la tierra. Esto aguardará hasta el fin del milenio. El fuego por el que la tierra será traída al punto de asolación, desorden y vaciedad, requisito previo a la obra creadora de Dios, está descrito en *Malaquías 4:1*.

“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios, y todos los que hacen maldad, serán estopa; aquel día que vendrá, los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama”.

Reducida a cenizas, en ese gran vacío y completa desolación, el Señor iniciando donde comenzó la primera creación, llamará a la existencia un nuevo cielo y una nueva tierra.

“Porque he aquí”, dice el Señor “que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no ha-

brá memoria, ni más vendrá al pensamiento” (*Isaías* 65:17).

Las frases de este pasaje confirma la importante verdad de que esto no será una remodelación de lo viejo. No puede ser, porque lo primero pasará para no ser más conocido y recordado. Por lo tanto, la nueva tierra será en verdad una *nueva* tierra. Esto requerirá el mismo poder creador ejercido en la manera idéntica para producir esta nueva tierra como se necesitó para producir la primera tierra. Juan tuvo el privilegio de ver con anticipación esta poderosa obra y describir lo que nosotros veremos cuando la obra sea finalmente hecha.

“Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva: porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más” (*Apocalipsis* 21:1).

Cuando Dios hizo el mundo hace seis mil años, ningún ser humano presenció este poder creador. Otros seres, tal como los ángeles y habitantes de otros mundos lo vieron y se regocijaron al contemplar el estupendo despliegue del poder requerido para efectuar tan grande obra. Cuando Adán y Eva aparecieron en la escena toda la obra estaba hecha, siendo ellos los elementos finales en el plan de ser llamados a la existencia.

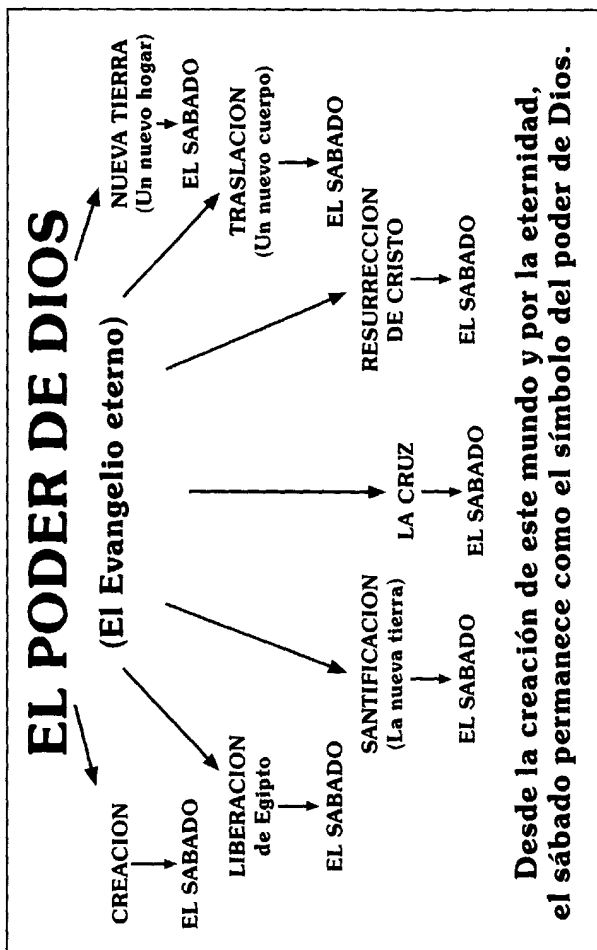
Sin embargo, cuando los nuevos cielos y la nueva tierra sean creados, todos los redimidos estarán allí para presenciar a Dios en la obra que El solo puede hacer. ¡Qué inexplicable e inolvidable

para los justos será esa experiencia! Estará fuera del alcance de la imaginación humana apreciar en este momento la impresión, prodigio, apreciación, respeto y amor que sentiremos cuando veamos este poder tomando lugar. A la orden de Dios veremos las aguas dividirse para ocupar sus lugares asignados sobre la tierra y sobre la expansión. Cuando El hable, la tierra aparecerá cubierta de hierba, árboles, flores y arbustos. Los ríos y lagos vendrán a la vida con miríadas de peces de todo tamaño y matiz. Aves e insectos adornarán el aire, y animales de magnífico comportamiento participarán con los santos de la tierra con alegría y paz.

Nosotros, al presenciar la reproducción de la creación original, comprenderemos lo que Dios hizo al principio como nunca antes. El pleno significado del lugar y singularidad del poder y sabiduría de Dios llegará a ser aparente y al sábado se le concederá su justo lugar como el monumento señalado por Dios de sus omnipotentes obras.

Esta es una obra creada que nunca pasará. Nunca más los caminos de los hombres serán impelidos a reemplazar los caminos de Dios. No habrá ningún enemigo cruel y maligno para tentar a los hombre al mal. La destrucción y la muerte nunca harán temibles incursiones para reducir a desolación la intachable gloria de la tierra y del cielo.

“Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra, que yo hago permanecerán delante de mí, dice



Jehová, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre" (*Isaías 66:22*).

De este modo, no hay cambio en el poder de Dios entre el tiempo cuando el pecado entró y cuando finalmente saldrá del universo. El pecado no ha cambiado, disminuido o debilitado a Dios en ninguna manera. El es todavía y será siempre lo mismo. Por lo tanto, el símbolo de ese carácter y el efecto de su poder tampoco puede cambiar. El sábado será tanto una parte de vida en la nueva tierra como lo fue en el jardín del Edén y desde entonces con el verdadero pueblo de Dios en toda generación. Abolir el sábado de la nueva tierra fuera indicar que el poder de Dios tendría que ser quitado, porque los dos son inseparables. Donde uno está, el otro está siempre. Pero, si el poder de Dios es removido, entonces no habrá nueva tierra, ni vida eterna, nada de aquello que el consagrado hijo de Dios anhela y espera. ¡Oh, que los que buscan abolir el sábado sólo comprendan las plenas implicaciones de lo que están intentando y en las privaciones que consecuentemente incurrirán!

Afortunadamente los que sirven a Dios no tendrán su manera. Ciertamente, ellos ganarán sus deseos hasta donde vayan, porque, al buscar concluir la presencia y función del poder de Dios, logran esto por sí mismos. El resultado será olvido, porque nadie puede existir sin Dios.

Pero el verdadero observador del sábado hallará esa preciosa institución tan presente en el cie-

lo como fue antes del primer advenimiento de Cristo, como está escrito:

“Y será que de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrá toda carne á adorar delante de mí, dijo Jehová” (*Isaías 66:23*, V. A.).

Este pasaje está describiendo cosas como ellas serán después de que los nuevos cielos y la nueva tierra hayan sido creados. Por lo tanto, está confirmando que el sábado será fielmente guardado en el Edén restaurado. No puede ser de otro modo, porque el poder de Dios está allí exactamente como lo estaba en el Edén original, en el paso del mar Rojo, la crucifixión y muerte de Cristo, y todo otro evento donde el poder de Dios se manifestó.

Un pueblo guardando el sábado.

Dios manifestó su inimitable poder para dar al hombre un hogar perfecto, un cuerpo y una naturaleza espiritual. Cuando lo hizo, requirió que la pareja justa y obediente guardaran el santo sábado, y ellos lo hicieron.

No puede ser discutido que ellos lo hicieran, porque está escrito: “También les dijo: El sábado por causa del hombre es hecho; no el hombre por causa del sábado” (*Marcos 2:27*, V. A.). El sábado fue hecho para el hombre antes del pecado. Por eso fue hecho para Adán, el hombre sin pecado, y, visto que él aceptó y obedeció todas las cosas que el

Señor hizo para él hasta que dejó los caminos de Dios, entonces se establece que aceptó y guardó el sábado que Dios hizo para él.

Cuando El sacó con su gran poder a los israelitas de Egipto, los sacó para que guardaran el santo sábado. Los que fueron verdaderos hijos de Dios hicieron exactamente eso.

Cuando los santificó, El los llamó para guardar el sábado como una señal de su don para ellos, y ellos lo hicieron.

Cuando Jesús vino a esta tierra, conoció el poder de Dios, lo poseyó, y lo exhibió. Por consiguiente, uno debe esperar que por doquiera El estuvo con ese poder, el sábado debió estar, y así fue. Lo guardaba fielmente cada semana de su vida en la tierra.

Sería esperado que Jesús quien creó la tierra en seis días, terminara su obra en el sexto, y descansara el séptimo, y cuando viniera a restaurar lo que se había perdido, terminara otra vez su obra en el sexto día, descansara el sábado, y se levantara para comenzar la segunda fase de sus responsabilidades en el primer día de la semana. Así lo hizo.

Tiene que ser anticipado que un hombre que conoció el poder de Dios como fue Pablo, no viera luz de cualquier cambio del sábado al domingo, sino en cambio confirmara que queda la guarda del sábado para el pueblo de Dios. Así fue.

En estos últimos días, el Señor está levantando

un pueblo de poder por medio del cual dará la manifestación final de su carácter. Ellos conocerán su poder. Por consiguiente, será un pueblo guardador del sábado. Así que ello lo son.

Y en la eternidad que pronto se abre ante nosotros, la tierra y los cielos serán hechos nuevos en la revelación más grande del poder de Dios jamás presenciado por los humanos. En ninguna otra manera el sábado será observado en tal ambiente y contexto.

Dios nunca cambia. Ni su poder ni las obras de ese poder. Por lo tanto, el sábado tampoco puede cambiar. Ni lo será. El sábado permanecerá por toda la eternidad como un bendito día de dulce compañerismo con los santos y con el Señor.

La Bandera de Dios y la Bandera del Diablo

A través de esta publicación, el esfuerzo ha sido enfatizar la conexión inseparable entre la presencia del poder de Dios y el sábado de Dios. De los dos, la presencia crítica es aquella del poder de Dios, porque sólo cuando él está puede el sábado estar allí. Introdúzcase el poder de Dios y el sábado entra con él, pero cuando ese poder desaparece el sábado lo hace también.

Un estudio cuidadoso de los registros humanos muestra la verdad de esto. Sin duda que, nuestros arrepentidos padres, Adán y Eva, por haber recibido en ellos el poder de Dios, fueron guardadores del sábado. Así fueron todos los patriarcas y los que, junto con ellos, permanecieron fieles a Dios. De ese período transcurrido entre la caída y el diluvio, sólo permanecen los más escasos registros. Sabemos que la vasta mayoría escoge volver la espalda a Dios y depende de sus propios recursos. Tan ciertamente como lo hacen, dejan de ser guardadores del sábado porque la ley es que los que

han perdido el poder de Dios pierden el sábado de Dios.

Subsecuente al diluvio, el diablo actuó arduamente para robar de los hijos de Dios su presencia y poder. Con la mayoría él tuvo mucho éxito. El halló en Nimrod y su esposa Semíramis poderosos aliados. Fue "Cus" quien "engendró a Nimrod: quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra.

"Este fue vigoroso cazador delante de Jehová; por lo cual se dice: Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová" (*Génesis 10:8, 9*).

El sentido de que él fue poderoso delante del Señor, fue que él tomó el lugar de Dios y vivió independiente de El. Fue completamente autosuficiente, exhibiendo todas las características del diablo de un espíritu humano independiente y, de este modo, puso los fundamentos para la edificación de Babilonia.

Después de su muerte, supuesta de haber sido un sacrificio hecho para la salvación de Babilonia, fue deificado como el dios sol y, el domingo, el primer día de la semana, fue separado en su honor. Desde ese día hasta este, en toda religión, los hombres sustituyen sus caminos con los de Dios, el día domingo se destaca como el día asociado con tales organizaciones.

De este modo, la transición de ese tiempo fue en tres etapas. En primera instancia, los hombres eran adoradores del verdadero Dios, eran depen-

dientes de su poder, y guardaban el día sábado. Entonces se extraviaron en la apostasía. Al hacerlo, perdieron la presencia del poder de Dios, dejaron de ser guardadores del sábado, y en su lugar volvieron a guardar el domingo.

La progresión exacta de la justicia al mal tomó lugar en la historia de la iglesia primitiva. Cristo Jesús fue lleno del poder de Dios. Por lo tanto, fue un guardador perfecto del sábado. A su turno, los discípulos fueron guardadores del sábado, y ninguno de ellos fue un canal por el cual Dios anunció que había cambio en esta sagrada observancia. Pablo declara explícitamente que la guarda del sábado queda para el pueblo de Dios, mientras Juan en *Apocalipsis* habla de una compañía en el fin del tiempo que guardarían los mandamientos de Dios y tendrían la fe de Jesús. Ninguno de estos hombres pensó en términos de que el sábado fuera abolido y reemplazado por otro símbolo, el primer día de la semana. Por supuesto, no lo hicieron, porque eran hombres en quienes estaba el poder viviente de Dios. Por lo tanto, el sábado fue asimismo una parte de sus vidas. Pero ellos reconocían también la semilla de apostasía desarrollándose en la iglesia. El Espíritu de Dios lo previó e informó su llegada por medio de Pablo a la iglesia.

“Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición,

“El cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios, o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.

“¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto?

“Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste.

“Porque ya está en acción el misterio de iniquidad: sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio” (2 *Te-salonicenses* 2:3-7).

Primero gradualmente y después con rapidez, el Espíritu y poder de Dios se fueron separando de la iglesia primitiva. Al principio, los miembros continuaron la observancia del sábado, pero sólo era una actividad legal, habiéndose ido la luz y la vida de ellos. Luego descansaban el sábado y el domingo, el último ganando más y más favor hasta que fue solamente guardado el domingo. Una vez más hubo una específica relación entre la desaparición del poder de Dios, la pérdida del sábado, y el surgimiento del domingo. Así será siempre, porque estas relaciones son establecidas por Dios y no pueden ser cambiadas.

Puede ser objetado que cuando el gran movimiento de reforma vino a la existencia, ellos no regresaron al sábado sino permanecieron guardando el domingo. Sin embargo, al mismo tiempo, estos hombres estaban llenos del Espíritu y poder de

Dios y por eso hicieron grandes cosas, que de otro modo nunca podrían haber sido realizadas. Puede ser argumentado que al no guardar el sábado en la práctica es prueba de que la línea de argumento anterior es falsa.

Wiclef, Hus y Jerónimo, Lutero y muchos otros salieron de tremendas tinieblas, de modo que, no tuvieron la capacidad para entender de una vez toda la verdad. La opresión espiritual bajo la cual el mundo se sumió durante la era de dominio papal fue muy profunda y oscura. Para escapar de ella tomó tiempo. La mente humana es lenta para percibir los principios del reino de Dios después de períodos largos de servidumbre.

Pero, mientras ellos no descubrieron la verdad con relación al séptimo día de la semana, esos hombres fueron guardadores del sábado en corazón y espíritu. Cuando observaron el domingo, pensando con toda sinceridad que era el día del reposo de Dios, lo observaron como debió ser observado el séptimo día.

Mientras transcurría el tiempo y sus descendientes perdían el poder y la presencia de Dios, no sólo vinieron al lugar donde aun no guardaban el domingo como un sábado, sino que llegó a ser tan enérgica la negación del sábado y defensa del domingo como lo hizo la Iglesia Católica Romana contra la cual se levantaron en protesta los primeros reformadores. De este modo, en realidad no hubo diferencia entre el proceso de decaden-

cia experimentado por otros movimientos en el pasado y la declinación de la reforma protestante. Mientras el día séptimo real no figuró en la apostasía hasta que la verdadera continuación de la reforma en la forma del gran movimiento adventista exigió su pleno retorno a él, no obstante, los principios y desarrollos fueron los mismos. Primero ellos tenían el poder de Dios y guardaron el sábado en espíritu, aun cuando no entendían cual era el día correcto. Luego se apartaron del Señor, perdieron su poder, y así perdieron el sábado. Llegaron a ser campeones del domingo, el símbolo del hombre puesto a sí mismo en el lugar de Dios.

Fue en 1844, después que el mensaje del segundo advenimiento había sido proclamado por algunos diez o más años, que las iglesias protestantes sufrieron una caída moral en consecuencia de su rechazo de esta gran luz enviada a ellos del cielo.

“El mensaje del segundo ángel de Apocalipsis 14 fue proclamando por primera vez en el verano de 1844, y se aplicaba entonces más particularmente a las iglesias de los Estados Unidos de Norteamérica, donde la amonestación del juicio había sido también más ampliamente proclamada y más generalmente rechazada, y donde el decaimiento de las iglesias había sido más rápido. Pero el mensaje del segundo ángel no alcanzó su cumplimiento total en 1844. Las iglesias decayeron entonces moralmente por haber rechazado la luz del men-

saje del advenimiento; pero este decaimiento no fue completo. A medida que continuaron rechazando las verdades especiales para nuestro tiempo, fueron decayendo más y más" (*El Conflicto de los Siglos*, pág. 440).

Fue lejos de Dios, y no cerca de El, que ellos cayeron. Así se apartaron de Dios y su poder. Fue cuando ellos habían llegado a esta condición miserable que el tercer ángel siguió al segundo, llamando a los hombres a adorar a Dios en el séptimo día de la semana, el verdadero día sábado. A causa de que estaban destituidos del poder de Dios que tiene que estar presente antes de estar el sábado, les fue estrictamente imposible aceptar, tener o vivir la verdad del sábado. Únicamente podían levantarse en oposición contra él, lo cual hicieron. Tan enérgicamente hicieron esto, que llegaron a ser más partidarios del domingo que la Iglesia Católica que había instituido el día. ¡Qué transformación en verdad! Las iglesias protestantes que habían adquirido este nombre en virtud de su intransigente protesta contra los principios del romanismo, cambiaron tan plenamente que se convirtieron aun en los más vigorosos y competentes defensores del símbolo del poder papal, el domingo, que los papistas mismos.

Pero la caída experimentada en 1844 no fue completa. En los años intermedios, las iglesias fueron cayendo más y más y así continuarán hasta que la crisis final sea desarrollada. Satanás

obrará con efectividad progresiva por medio de ellas y, en proporción, llegarán a ser más y más enérgicas y vigorosas en su exaltación del domingo que del sábado. Eventualmente, echarán la culpa de todos los problemas del mundo a la falta de reverencia a *su* santo día, y habrán leyes de gran severidad para coartar a todos para que reverencien el día de su preferencia. Estos poderes perseguidores especialmente perseguirán a los que, habiendo tenido el poder de Dios dentro de ellos, tienen el verdadero reposo del sábado de Dios.

Cuando ese tiempo llegue, será peleado el último conflicto de los siglos. No será una lucha entre una coalición de poderes políticos contra otra, sino entre los que tienen el poder de Dios por una parte y el poder de Satanás por la otra.

“Dos grandes poderes antogónicos se revelan en la última gran batalla. En un lado está el Creador del cielo y de la tierra; todos los que están a su lado llevan su sello; son obedientes a sus mandamientos. Al otro lado está el príncipe de las tinieblas con los que han preferido la apostasía y la rebelión” (RH, 7-5-1901), (*Comentario Bíblico ASD*, tomo 7, pág. 993).

Sobre todo, el sábado identificará al pueblo en quien el poder de Dios estará presente. El será el radiante pabellón que se ondeará sobre esta compañía. Asimismo, el domingo será la bandera desplegada sobre los que, destituidos del poder de Dios, estarán bajo el control de Satanás. La pre-

gunta de quiénes estarán bajo la bandera del sábado o del domingo será determinada por el poder que está presente dentro del individuo.

Esta situación está simplemente ilustrada en la posición sostenida por la bandera de una nación. La bandera de un país flameará solamente donde el poder de la nación está establecido. Por ejemplo, durante la segunda guerra mundial la bandera americana se agitó en las Filipinas mientras las fuerzas de los Estados Unidos estuvieron allí. Pero el tiempo vino cuando el avance de los japoneses sacó a los americanos. Cuando el poder de los americanos fue retirado de la escena, la bandera fue arriada y el poder y la bandera de los japoneses tomó su lugar. No existía otra manera de que esto no pudiera suceder.

A su tiempo, los americanos regresaron y con sus fuerzas superiores ahora, echaron a los japoneses de las Filipinas. Una vez restablecido su poder, su bandera se agitó nuevamente en el campo. Primero viene el poder y luego la bandera. En otras palabras, sólo donde el poder de la nación está la bandera de la nación ondeará. Así es con Dios y Satanás. Sólo donde el poder de cada uno está establecido sus banderas respectivas se izarán.

Esto significa que en el conflicto final, no será suficiente entender los argumentos que comprueban técnicamente que el séptimo día es correctamente el día sábado. Se requiere mucho más que

tener y apoyar el sábadó y ser su defensor. Es para el pueblo de Dios que el sábadó queda. El sábadó es la señal del santificado.

“Ninguna otra institución confiada a los judíos propendía tan plenamente como el sábadó a distinguirlos de las naciones que los rodeaban. Dios se propuso que su observancia los designase como adoradores suyos. Había de ser una señal de su separación de la idolatría, y de su relación con el verdadero Dios. Pero a fin de santificar el sábadó, los hombres mismos deben ser santos. Por la fe, deben llegar a ser partícipes de la justicia de Cristo. Cuando fue dado a Israel el mandato: ‘Acordarte has del día del reposo, para santificarlo’, el Señor también dijo: ‘Habéis de serme varones santos’ (Exodo 20:8; 22:31). Únicamente en esa forma podía el sábadó distinguir a los israelitas como adoradores de Dios” (*El Deseado de Todas las Gentes*, 250).

Entonces, ningún hombre puede guardar el santo sábadó, a menos que él mismo sea santo. Estar en tal condición requiere el trabajo del gran poder de Dios, el Evangelio de Cristo Jesús. A muchos les es imposible creer que un hombre puede ser hecho santo en esta vida, pero Dios no solamente lo ordenó; El lo ha prometido. Tal santidad no es de la carne sino de la naturaleza divina morando en esa carne. Si Dios promete hacernos santos, nos toca a nosotros creerlo, porque Dios promete todo el poder necesario para lograr lo que ha



La bandera de un país ondeará solamente donde el poder de la nación está afirmado. Así es con Dios y Satanás. Solamente donde el poder de cada uno se establece sus respectivas banderas, el sábado o el domingo, se enarbolarán.

prometido. El hecho de que El ha declarado que lo hará en el corazón del reino de pecado, no disminuye en ninguna manera la certidumbre de que El puede y lo hará, porque el pecado no tiene poder para frustrar la obra de Dios con tal de que el receptor tenga la fe para aceptar el don divino.

“Pues que yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros

por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo; así que no contaminéis vuestras personas con ningún animal que se arrastra sobre la tierra.

“Porque yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo” (*Levítico* 11:44, 45).

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (*Mateo* 5:48).

“No puedes expiar tus pecados pasados ni puedes cambiar tu corazón y hacerte santo. Mas Dios promete hacer todo esto por ti mediante Cristo. Crees en esa promesa” (*El Camino a Cristo*, págs. 93, 94).

“No hay disculpa para el pecado. Un temperamento santo, una vida semejante a la de Cristo, es accesible para todo hijo de Dios arrepentido y creyente” (*El Deseado de Todas las Gentes*, pág. 278).

Así Dios ha hablado. Por lo tanto, el asunto de si un hombre puede ser santo en carácter en esta vida está resuelto. Dios ha declarado que el hombre puede ser santo y que es la última palabra en el asunto. En la faz de esta declaración de autoridad del Infinito, es usual en los individuos demandar una señal. Ellos solicitan la presentación de hombres y mujeres en quienes este milagro ha tomado lugar, con la afirmación de que aceptarán estas palabras cuando vean vidas perfectas. Pero la fe en la Palabra de Dios no se basa en lo que la

Palabra ha logrado en otras vidas. Ella se funda en la Palabra de Dios misma. La verdadera fe no pide otra evidencia más que esa.

Si la aceptación personal del individuo de la verdad que un hombre que se aferra de la vida y poder de Dios puede vivir una vida sin pecado dependiera de alguien que ha visto antes, entonces la salvación de una persona dependería en parte de la experiencia de otro. Entonces, ¿dónde estarían los que no tuvieron tales ejemplos antes de ellos? Hay muchos que han tenido que permanecer solos después de recibir de Dios la liberación de las cadenas del pecado. No hubo otros individuos en su derredor a quienes ellos pudieron mirar por seguridad. Ellos se asieron de las promesas por fe y fe sola.

No sólo es enteramente posible para el hombre vivir una vida sin pecado en este mundo, sino que ella se exige de los que serán instrumentos de Dios en el conflicto final contra el pecado. Esa batalla no será solamente un argumento técnico acerca de cuál es el verdadero día sábado. Será una confrontación entre los poderes de la justicia y las tinieblas. No hay problema en ver que los que están bajo el estandarte del domingo serán destituido del poder y presencia de Dios. Por lo tanto, serán llenos y controlados del poder del pecado. Para salir al encuentro y vencer este poder, el justo tiene que estar poseído de un poder más grande. Ese único poder es el poder de Dios.

Este poder sólo puede ser impartido e implantado en sus vidas por el poder creador de Dios. No hay otra fuente. No menos que esto colocará a uno bajo el estandarte del sábado.

El más grande peligro que amenaza a alguien es la satisfacción con la forma en lugar de la realidad. Un hombre puede ser un ministro de religión y, no obstante, estar destituido del poder de Dios. Aunque él predique los argumentos más poderosos en favor del sábado, y convencer a muchos a ser servidores de Dios en ese día, puede estar tan desprovisto de la íntima presencia del poder de Dios como el pagano o el ateo.

“Todos, los grandes o pequeños, si son inconversos, están sobre una plataforma común. Los hombres pueden cambiar de una doctrina a otra. Esto se está haciendo, y será hecho. Los papistas pueden cambiar del catolicismo al protestantismo; con todo nada pueden conocer del significado de las palabras, ‘Te daré también un corazón nuevo’. Aceptar nuevas teorías, y unirse a una iglesia, a ninguno trae nueva vida, aun cuando la iglesia a la que se una pueda estar establecida sobre el verdadero fundamento. La conexión con una iglesia no toma el lugar de la conversión. El que alguien suscriba su nombre al credo de una iglesia no es de ningún valor si el corazón no está verdaderamente convertido.

“Este es un asunto de mucha seriedad, y su significado debe ser plenamente comprendido. Los

hombres pueden ser miembros de iglesia, y pueden trabajar aparentemente con diligencia, cumpliendo deberes año tras año y, sin embargo, ser inconversos. Ellos pueden escribir en defensa del cristianismo y, sin embargo, ser inconversos. Un hombre puede predicar sermones placenteros y agradables y, sin embargo, estar tan lejos de Cristo con respecto a la experiencia religiosa. El puede ser exaltado al pináculo de la grandeza humana, sin embargo, nunca haber experimentado la obra interna de gracia que transforma el carácter. El tal está engañado por su conexión y relación con las sagradas verdades del Evangelio, que alcanzaron el intelecto, pero no fueron llevadas al interior del santuario del alma.

“Nosotros debemos tener más que una creencia intelectual en la verdad. Muchos de los judíos se convencieron de que Jesús era el hijo de Dios, pero eran demasiado orgullosos y ambiciosos para rendirse. Decidieron resistir la verdad, y mantuvieron su oposición. No recibieron la verdad en el corazón como ella está en Jesús. Cuando la verdad es tenida como verdad solamente por la conciencia, cuando el corazón no es estimulado y receptivo, la mente sola es afectada. Pero cuando la verdad se recibe como verdad en el corazón, ella pasa a través de la conciencia, y cautiva el alma con sus principios puros. Ella es puesta en el corazón por el Espíritu Santo, que revela su belleza a la mente, para que su poder transformador pueda ser vis-

to en el carácter" (*The Review and Herald*, 14 de febrero, 1899).

De este modo, mientras no existe diferencia real entre el mundano y el religioso, hay un gran contraste entre estas dos clases y los verdaderos hijos de Dios. No se requiere ningún cambio de carácter para dejar la iglesia católica y llegar a ser un protestante, comunista o pagano. Impresionante prueba de esto se da en la vida del rey Enrique VIII de Inglaterra. Antes de su separación de Roma, él era un violento perseguidor de sus opositores. Después de su separación, él continuó el mismo patrón de crueldad exterminando a sus enemigos.

Asimismo, cuando Francia cambió del catolicismo al ateísmo, no hubo ningún cambio de carácter. El pueblo no se volvió peor. Ellos simplemente manifestaron una liberación desenfrenada del espíritu salvaje y arrogante que habían aprendido bajo el gobierno de Roma. Lo que los sacerdotes y gobernantes les habían hecho, ellos lo hacían sucesivamente. No había diferencia en el carácter del pueblo de Francia después que la revolución comenzó, que el que había antes de ella.

De igual manera, no se requiere un cambio de carácter para obtener el derecho de ser miembro de iglesia, especialmente en esas comunidades donde los planes, elección y organizaciones humanas han reemplazado el gobierno divino. Se requiere un cambio de lealtad y conformidad a cier-

tos normas externas de conducta. La presencia visible de estas cosas satisface al observador que de hecho hubo un cambio de carácter. Este engaño es suficientemente serio para el observador, pero es aún más peligroso para la persona misma que no procura engañar o ser engañada. Satisfecho de que es un cristiano real como cualquiera a su alrededor, no hace ningún esfuerzo por buscar la justicia de Dios por lo cual una transformación interna de carácter se efectúa. Aunque inconverso, más allá de cambios en sus convicciones personales y prácticas externas él, sin embargo, puede ser muy religioso, práctico en argumentos bíblicos, y puede tener altos puestos en la iglesia. El tiene confianza de que cuando la crisis venga, es capaz de defender la verdad de Dios.

Pero, aun cuando él no lo sabe, el hecho permanece todavía de que el sábado está solamente donde el poder de Dios está. Por lo tanto, cuando el último conflicto venga sobre él, hallará que no tiene el equipo requerido para hacer frente y vencer al hombre de pecado.

Permanecerá eternamente la verdad de que sólo donde el poder de Dios está el sábado de Dios será hallado. Por lo tanto, está escrito que la guarda del sábado queda para el pueblo de Dios, el santificado, el nacido de nuevo, el verdadero justo, aquellos en quienes la vida de Dios ha sido implantada. Busca a tales personas y hallarás los verdaderos guardadores del sábado.

La bandera de Satanás

Tan ciertamente, así como en dondequiera que el poder de Dios se establezca el sábado ha de ser hallado, así en dondequiera que Satanás ha erigido su dominio, se observa el domingo. Se requirió poder para hacer esto.

Imagínese por ejemplo, que un grupo de personas deciden que el mundo ponga aparte el miércoles como el día universal de adoración. Sería un simple asunto hacer la decisión; sólo se requeriría de dinero para anunciar el decreto, pero piénsese en el poder necesario para convencer y coartar al mundo entero para que lo hiciera.

Sin embargo Satanás, por los diversos organismos babilónicos, ha tenido éxito en separar al mundo de la específica orden de Dios para guardar el santo sábado, y en cambio reverenciar al domingo. Esto no significa hazaña, y su éxito en este aspecto es la marca y medida de su poder. El sabe esto, y, por medio de escritores de la Iglesia Católica Romana se ha jactado de que el cambio del sábado al domingo sin autoridad bíblica es la marca de su poder, y así es.

“Pregunta. ¿Tienes tú otra manera de comprobar que la iglesia tiene poder para instituir preceptos de festividades?

“Respuesta. Si ella no tuviera tal poder, no habría podido hacer aquello en lo que todas las religiones modernas consienten con ella —no habría

sustituido la observancia del domingo, el primer día de la semana, por la observancia del sábado, el séptimo día, un cambio para el cual no hay autoridad bíblica” (Keenan, *A Doctrinal Catechism*, pág. 174. Tercera edición americana, New York: Kennedy and Sons).

“Pero siendo que el sábado, no el domingo, está especificado en la Biblia, ¿no es curioso que el no católico que profesa tomar su religión directamente de la Biblia y no de la iglesia, observe el domingo en vez del sábado? Sí, por supuesto, es inconsistente; pero este cambio fue hecho quince siglos antes que el protestantismo naciera, y en ese tiempo la costumbre era universalmente observada. Ellos han continuado la costumbre aun cuando esto descansa sobre la autoridad de la Iglesia Católica y no sobre el texto explícito de la Biblia. Esa observancia permanece como un recuerdo de la Madre Iglesia de la cual ninguna secta católica separada, semejante a un muchacho que sale del hogar pero lleva todavía en su bolsillo una foto de su madre o un gancho de su cabello” (*The Faith of Millions*, pág. 543, 544, por John A. O’Brien. London, W. H. Allen, 1962).

“El sábado de los judíos o día de descanso, era el sábado, mantenido sagrado porque en la creación Dios descansó en el séptimo día y porque ellos así desearon conmemorar su liberación de Egipto. La Iglesia, usando el poder que nuestro Señor le dio, alteró la observancia del sábado con la obser-

vancia del domingo, para conmemorar la resurrección del Señor el domingo de pascua y el derramamiento del Espíritu Santo el domingo de pentecostés. Hay evidencia en el Nuevo Testamento (Hechos 20:7; 1 Corintios 16:2) que los apóstoles estaban comenzando a guardar el domingo como día de adoración así como el sábado; pero los apóstoles no hicieron ley del asunto, y la plena transferencia del sábado al domingo era un proceso gradual, bajo la autoridad de la iglesia. Los cristianos que creen en la Biblia y la Biblia sola tienen alguna dificultad de explicar por qué ellos guardan el domingo y no el sábado" (*The Catechism Simply Explained*, por Canon Cafferata, pág. 84. London, Burns, Oates, and Washbourne Ltd., 1954).

De este modo, no es solamente la institución de la adoración del domingo la marca del poder papal, sino que la iglesia se jacta de que así es. Uno podría preguntarse por qué el mundo ha aceptado tan fácilmente esta institución papal. Es porque, en realidad, hay únicamente dos religiones en el mundo. Existe la verdadera adoración de Dios en la que los verdaderos caminos de Dios son cuidadosamente estudiados y seguidos fielmente tan pronto como llegan a ser claros al entendimiento progresivo. Para ese pueblo, cuando Dios designa un día específico para la adoración, no hay debate o rechazo. Si Dios lo ha señalado, entonces se cumple.

Luego existen los múltiples miembros de falsas

religiones alrededor del mundo incluyendo aquellas organizaciones generalmente no consideradas religiones como el comunismo, materialismo y otras. No obstante, mientras estos diversos cuerpos tienen diferentes énfasis y variadas posiciones doctrinales, por medio de todas ellas está un factor singular que los reduce a una igualdad. Es el principio de hacer al hombre la fuente en lugar de Dios. Es la dependencia de los poderes del dinero y números. Cada una de estas organizaciones transitan por este camino y no conocen otra manera.

Al seguir este curso de poner al hombre en el lugar de Dios, las religiones se han privado de la presencia y poder de Dios y, por lo tanto, no pueden ser guardadoras del sábado. Mientras el domingo es el símbolo establecido de la institución de los caminos del hombre en lugar de los caminos de Dios, es solamente natural para estas diversas organizaciones aceptar ese día. Mientras algunas se aferran todavía a la guarda del sábado a nivel legalista, cuando las presiones finales vengan para ser soportadas será para ellas un simple asunto hacer el cambio externo de transición que ahora ya está ocurriendo.

Si tú has decidido que vas a estar impávidamente bajo el estandarte del sábado en el conflicto que se avecina, necesitas entender que mucho más que una mera convicción que el séptimo día es el sábado junto con los argumentos necesarios

para comprobar que el séptimo día es el escogido por Dios, será necesario antes de poder mantener esa posición. Todo esto es bueno pero no es suficiente. No descanses hasta que la presencia del poder de Dios esté establecido y diariamente crezca en la vida. Sin eso, no será más posible resistir el poder de Satanás y del pecado de lo que sería detener la puesta del sol en el cielo del occidente. Por decidido que puedas estar de no hacerlo, el hecho permanece de que te rendirás al mal y estarás bajo la bandera del domingo.

“La única defensa contra el mal consiste en que Cristo more en el corazón por la fe en su justicia. A menos que estemos vitalmente relacionados con Dios, no podremos resistir los efectos profanos del amor propio, de la complacencia propia y de la tentación a pecar. Podemos dejar muchas malas costumbres y momentáneamente separarnos de Satanás; pero sin una relación vital con Dios por nuestra entrega a él momento tras momento, seremos vencidos. Sin un conocimiento personal de Cristo y una continua comunión, estamos a la merced del enemigo, y al fin haremos lo que nos ordene” (*El Deseado de Todas las Gentes*, 291).

Alta traición

Al desmenuzar la bandera del sábado, pisotearla y reemplazarla con la del domingo, los hombres

han mostrado el mayor desprecio hacia el Dador de la ley. Han declarado que ellos son más sabios que El y poseídos de más poder. Para hacer el asunto peor, los que hacen esto, pretenden ser súbditos fieles del Rey de reyes, el Creador del universo. Imaginan inocentemente que Dios aun aprueba su curso de acción. ¿Qué más equivocados pueden ellos estar?

Piénsese en la reacción de una nación si un joven soldado vestido con su uniforme destruye la bandera, la pisotea, y luego en su lugar iza la bandera de la nación más enemiga. Tal desprecio no sería tolerado. El soldado sería quitado de sus filas y muy severamente castigado. Si esto tomara lugar en tiempo de guerra, sería ejecutado como un traidor.

No se piense en ningún momento que Dios considera levemente la afrenta mostrada a su autoridad y gobierno, la profanación de su bandera, el símbolo de su poder y grandeza. El reconoce el pleno significado de las acciones de los hombres, sin embargo, no se ofende personalmente por lo que es hecho. Mas bien, entiende que por estos medios los hombres se colocan delante de Dios en el lugar de Dios. Así son ellos cortados de la Fuente de luz y poder y se privan a sí mismos de la vida eterna. Dios no tiene opción más que dejarlos a la suerte que han escogido.

Cuando el soldado rasga la bandera de su país, y la reemplaza por la del enemigo, ¿qué está él di-

ciendo con esta acción? ¿Qué grandes cambios está él exigiendo?

Está demostrando que desea abolir el poder de su país para poner en su lugar el poder de otra nación. Este es el único mensaje que tal acción podría transmitir.

De igual manera, los que pasan por alto el día sábado de Dios y rinden respeto a la adoración del domingo, por ello están confirmando que es su deseo que el poder de Dios sea abolido y que en su lugar sea instituido el de Satanás. Pueden no darse cuenta de las implicaciones de lo que están haciendo, y ser engañados pensando que su acción es realmente aprobada por Dios, pero esto no cambia el significado de la acción. Sin embargo, Dios reconoce el factor ignorancia y da el debido permiso para eso mientras obra siempre para hacer clara la verdad real de estas cosas. Al acercarse el fin, el asunto será mas agudo y claramente definido de suerte que ninguno estará en tinieblas en relación con lo que a todo eso respecta. Luego, como nunca antes, el continuo rechazo del sábado y la adherencia al domingo llevará una carga de condenación terrible en su proporción.

Rechazar el sábado es rechazar el poder de Dios lo cual es desdeñar el Evangelio de Cristo, que, cuando es rechazado, no deja camino para la liberación de la esclavitud del pecado y su pago de muerte eterna. Sean estos principios plenamente entendidos, y el sábado será anhelado como fue

propuesto ser, para traer sucesivamente las maravillosas bendiciones espirituales que Dios transmite a sus fieles a través del don del sábado.

El Sello de Dios

El sábado es el sello de Dios. Las Escrituras son enfáticas sobre esto y ningún estudio del sábado sería completo sin considerar este aspecto de él. Es el sello de Dios en oposición a la marca de Satanás, el domingo.

Apocalipsis nos ilustra el último conflicto en la prolongada controversia entre el bien y el mal. Por un lado estarán los que tienen el sello de Dios. Opuestos a ellos estarán los que tienen la marca de la bestia y su imagen. En el capítulo 13 está expuesta la naturaleza opresiva del poder que usará los métodos coercitivos para imponer la adoración de la bestia y su imagen, y la recepción de la marca. Prodigiosos milagros serán hechos para ofuscar los sentidos, seguido por las persecuciones más severas sobre los que rehúsan rendir homenaje. Cuando esto falle se les prohibirá comprar o vender y finalmente se decretará que ellos sean condenados a muerte.

“Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, pero hablaba como dragón.

“Y ejerce todo la autoridad de la primera bestia

en presencia de ella; y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.

“También hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.

“Y engaña a los moradores de la tierra por las señales que se le ha permitido hacer en presencia de la bestia, mandando a los moradores de la tierra que le hagan imagen a la bestia que tiene la herida de espada, y vivió.

“Y se le permitió infundir aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen hablase e hiciese matar a todo el que no la adorase.

“Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se le pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente:

“Y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre.

“Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis” (*Apocalipsis* 13:11-18).

Mientras estos poderes opresivos están para emprender su obra de traer al mundo entero bajo su control, el Señor por medio de sus siervos fieles, advertirá al mundo de las caras consecuencias de recibir la marca de la bestia.

“Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz:

Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano,

“él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero:

“Y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre” (*Apocalipsis* 14:9-11).

Este es un lenguaje extraordinariamente fuerte. Dios no ha suavizado o escondido en el menor grado las terribles consecuencias de ceder a las terribles presiones para ser impuestas por esos poderes impíos. No habrá esperanza de lenidad para los que se hallan portando la marca en ese tiempo.

Será imposible ocupar una posición neutral en la hora de crisis venidera. Cada cual será forzado a hacer una decisión en cuanto al puesto que ocupa. Por una parte, los poderes confederados de toda la tierra, apoyados por las masas, por ilimitados caudales, toda la tecnología que haya sido desarrollada hasta ese tiempo, y por las armas de fuerza, avanzarán hacia cada hombre, mujer y niño para asegurar que reconoce y adora la marca de su poder. Estos poderes no tolerarán a nadie que se atreva a resistir sus demandas y rechace adorar la bestia y su imagen o recibir su marca y nombre.

Por otra parte, no solamente Dios advertirá de los resultados de seguir el defendido curso, sino que El hará también esfuerzos de gran invitación espiritual al mundo para que dejen estos caminos destructivos y rindan todo a El. Todos experimentarán estas poderosas presiones contrarias. Uno será el poder del amor, el otro el temor infundido por la fuerza. Las despiadadas demandas de estas dos atracciones en adición al contexto en el que ellas se expresan, hará imposible que alguien evite hacer una decisión. Todos tienen que echar su suerte en un lado o en el otro. Será un asunto de obediencia a los caminos de Dios o a los de los hombres.

Entonces no habrá duda en cuanto a los bandos involucrados en esta última batalla, ni del punto sobre el cual la disputa será librada. Estará el poder de Satanás simbolizado por la marca de la bestia, la adoración del domingo, contra el poder de Dios simbolizado por el sello de Dios, el sábado. La marca de la bestia es el engaño de Satanás, porque ella es opuesta a Dios. Toda invención de Satanás es una falsificación de la verdad en el gobierno de Dios, por lo cual somos alertados para conocer que en dondequiera que exista lo falso tiene que estar su verdadera contraposición. En otras palabras, Satanás está ofreciendo la marca como un sustituto de lo que Dios quisiera que recibamos. Las Escrituras no dejan duda en cuanto a lo que es este número opuesto,

de este modo, dando aun más luz sobre su marca y su naturaleza.

A Juan se le mostró en visión profética una pequeña compañía de personas en los últimos días que habrán “. . . alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, y su marca y el número de su nombre . . .” (*Apocalipsis* 15:2).

Juan vio esta compañía de pie sobre el mar de vidrio, por lo cual somos informados de que ellos vivirán durante los días cuando la imagen de la bestia será establecida y la marca impuesta con la pena de muerte, pero, habiendo soportado esta prueba de su fe, son hallados victoriosos, y, en su inmaculada pureza, están sobre el mar de vidrio. Hay solamente una compañía que puede ser calificada para tal honor y son los ciento cuarenta y cuatro mil. Ellos revelarán la efectividad de sus experiencias al cantar un himno que ningún otro puede aprender o cantar.

“Y cantaban un cántico nuevo delante del trono, y delante de los cuatro seres vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, que fueron redimidos de entre los de la tierra” (*Apocalipsis* 14:3).

Cada uno de los redimidos cantará el glorioso plan de salvación de Dios desde lo profundo de la experiencia a través de la cual él habrá pasado para obtener y poseer el incalculable don de Dios, pero ninguno de ellos lo cantará como uno de los

ciento cuarenta y cuatro mil. Ellos, habiendo pasado a través del conflicto final, han obtenido una experiencia que sólo tal conflicto puede dar. Cantarán la historia de la salvación con una anchura, intensidad y profundidad que lo hace parecer enteramente un canto nuevo.

Exactamente como está escrito que los que se oponen a Dios en los últimos días tendrán la marca de la bestia, así está escrito que los ciento cuarenta y cuatro mil tendrán el sello de Dios.

“Y oí el número de los sellados; ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel” (*Apocalipsis* 7:4). Entonces, ¿qué es el sello de Dios que los justos poseerán como distinto de la marca de la bestia que ellos tienen que rechazar para recibir y retener el sello de Dios?

La palabra griega *sphragis*, que significa una *impresión o inscripción*, es la palabra usada en el original del versículo ya citado. La mente es dirigida al sello usado por los reyes y potentados para hacer impresiones o inscripciones sobre cera caliente para sellar documentos importantes. Cuando el documento se doblaba, la cera caliente era aplicada para cerrarlo después de lo cual el sello era presionado en la cera para denotar el poder y la autoridad por lo cual había sido sellado. Después de eso, ninguno abría el documento a menos que fuera la persona a quien le era dirigido, o a menos que su poder fuera más grande que el individuo que lo había sellado y cerrado. Así hay dos

aspectos en el sello que son significativos como ilustración de su equivalencia espiritual en el sello de Dios. El primero de éstos es la inscripción definiendo la autoridad y poder del dueño del sello, y el segundo es el hecho que él sella ciertas cosas interiormente, que no pueden ser violadas o removidas por ningún poder no autorizado. Lo que es verdad en el sello terrenal asimismo es verdad del celestial.

Para que un sello de un gobernante terrenal sea válido, tiene que contener tres elementos —el nombre, el título, y el territorio de la persona en autoridad. Estas eran esculpidas en el instrumento conocido como el sello para cuando la impresión fuera hecha en la cera caliente, esta información fuera transferida y tenida por la cera.

Dios no usa ningún aparato mecánico hecho de oro u otros metales para imprimir su sello sobre el individuo. Sus caminos son más altos que los de los hombres y su sello es, por lo tanto, más refinado y espiritual. No obstante, su sello contiene los elementos mencionados antes. Nosotros hemos de hallar en las Escrituras dónde Dios ha combinado todos los tres en un lugar. Es en el cuarto mandamiento, el sábado, que todos los tres pueden ser hallados en un lugar, en una ordenanza.

Su nombre: Jehová tu Dios;

Su título: Hacedor o Creador;

Su territorio: Los cielos y la tierra.

Así el sábado lleva todos los elementos requeri-

dos para elaborar un sello completo. Esta verdad está más confirmada en *Ezequiel 20:12*, V. A.

“Y díles también mis sábados, que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Jehová que los santifico”.

Una señal o sello porta la autoridad igual a la del poder que tiene el sello. Por ejemplo, si un documento no dirigido a ti viniera a tus manos sellado con el gran sello de los Estados Unidos, no te atreverías a abrirlo a no ser que estuvieras preparado para incurrir al colérico juicio de esa nación. Por ese sello, el gobierno de los Estados Unidos declara que el documento está sellado contra todos excepto para quien está escrito. Así, el sábado es el sello que el Señor ha puesto sobre su propio pueblo y se propone que todos conozcan que ese pueblo no puede ser violado sin impunidad.

Pero, verdadero como este aspecto del sello sea, es solamente el comienzo de las poderosas verdades contenidas en eso. Dios es el Dios *vivo*. Por lo tanto, el sábado es una verdad *viva* y el sello un sello *vivo*. Por consiguiente, es un poder y, como tal, está comisionado a efectuar ciertos resultados. Así que, mientras el sello de Dios es en primera instancia una impresión llevando la marca de la autoridad divina, es también una protección y defensa del pueblo de Dios. Tiene el poder para expeler el pecado y retener justicia en el corazón.

Una simple ilustración de esto es el proceso común del alimento enlatado. Todo el que ha hecho

esto sabe cuán vital es que un último y hermético sello sea efectuado para que evite absolutamente la invasión de un elemento corrupto. De este modo, el mal se excluye y la bondad se encierra. Mientras el sello permanezca inquebrantable es imposible que el alimento se dañe.

Así es con el sello de Dios. Es un poder destinado a impedir la entrada de cualquier forma de corrupción espiritual. Como su poder es inmensurablemente más grande que el poder del pecado, es totalmente efectivo en esta función. Es imposible que el alma verdaderamente sellada con el sello de Dios se corrompa por el pecado. Asimismo, si el sello no está allí, entonces es imposible que no se corrompa.

Mientras este sello es el poder de Dios, sin embargo, es el Espíritu Santo quien lo aplica donde se necesita. Pablo confirma esto en su carta a los Efesios.

“A fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperamos en Cristo.

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa” (*Efesios* 1:12, 13).

El Espíritu Santo no pasa por medio del pueblo de Dios con un instrumento estampador en su mano, imprimiendo un sello mecánico en la frente de los santos. Mas bien, El implanta una vida,

un poder, dentro de los hijos de Dios. Es esta impartición de la vida de Cristo por medio del ministerio del Espíritu Santo que hace el alma inmune al pecado.

“Vino [Cristo] para destruir las obras del diablo, y ha hecho provisión para que el Espíritu Santo sea impartido a toda alma arrepentida, para guardarla de pecar” (*El Deseado de Todas las Gentes*, 277).

“Un alma así guardada en posesión por los agentes celestiales es inexpugnable para los asaltos de Satanás” (*Id.*, pág. 291).

Es la presencia del Espíritu Santo dentro del creyente que el sello es efectivo contra el pecado. Esta presencia es poder de Dios de lo cual el sábado es la señal. Por lo tanto, el sábado es el gran baluarte contra la determinación satánica de infectar el alma con pecado.

Cristo tuvo esta experiencia y fue por lo tanto un verdadero observador del Sábado.

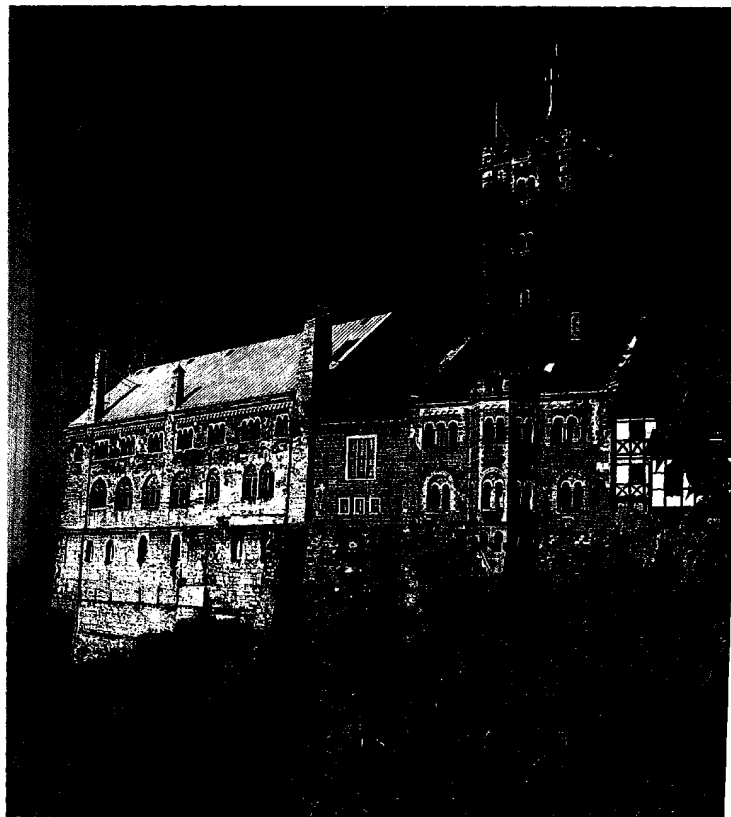
“Nuestro Salvador no pudo ser inducido a ceder a la tentación ni siquiera en pensamiento. Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; es tal vez algún deseo pecaminoso que se acaricia, por medio del cual la tentación se fortalece. Pero Cristo declaró al hablar de sí mismo: ‘Viene el príncipe de este mundo; mas no tiene nada en mí’ (Juan 14:30). Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiese ganar la victoria. Cristo guardó los

mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia" (*El Conflicto de los Siglos*, págs. 680, 681).

Esto es lo que significa estar sellado con el Espíritu Santo de la promesa. Es estar poseído y lleno del poder de Dios para que las tentaciones de Satanás no tengan poder sobre nosotros.

Esto se ilustra bien por una fortaleza. Un factor que siempre preocupa al Señor, es la posible presencia de un agente enemigo en el interior. El sabe que le puede confiar la gruesa mampostería formando las paredes, las puertas de hierro, el foso ancho, profundo y protector, pero si un enemigo estuviera para escurrirse y desatrarcar la puerta en la quietud de la noche, entonces el castillo con seguridad sería del enemigo. Pero, si cada uno por dentro es fiel y verdadero, no hay ningún problema. La ciudadela está segura. De igual manera, Satanás obra para implantar dentro del corazón debilidades y reacciones que responderán a sus tentaciones externas. Nuestro deber es aceptar la íntima presencia del poder de Dios para que no haya ninguna respuesta acorde desde adentro.

Si una persona examina cuidadosamente su propia experiencia, ella rápidamente reconoce que hay áreas donde ya está sellada contra la tentación. Por ejemplo, muchos de los que leen esta publicación han sido educados contra el uso de los



Así como una fortaleza sólo está segura y herméticamente sellada contra el ataque del enemigo cuando el poder interior es mayor que el exterior, y cuando no hay agentes secretos en ella para abrir la puerta al enemigo, así el alma sólo está sellada herméticamente cuando el más grande de todos los poderes, el poder de Dios, está dentro de ella, y todo pecado ha sido excluido para que nada haya por dentro que responda al enemigo de afuera.

productos del tabaco. Otros, una vez dedicados a esta droga, experimentaron el poder de Dios expe-
liendo el deseo mismo del cuerpo y reemplazán-
lo por el desagrado y repugnancia. Tan plene-
te han estado la mente y el cuerpo seguros contra
esta tentación que ningún atractivo, argumento o
presión despertará dentro de la persona el deseo
de participar de la hierba venenosa. De este modo,
una persona posee el sello contra el hábito del ta-
baco.

La misma experiencia puede y ha de ser tenida
en cada avenida de tentación. Por ejemplo, una
persona puede tener su odio tan plenamente bo-
rrado y reemplazado por el amor de Dios, que, no
importa lo que pueda hacer el enemigo, sólo habrá
a cambio una respuesta de amor. Cuando la obra
de limpieza avanza paso a paso, el creyente es tra-
ído más y más cerca al punto donde ninguna man-
cha de pecado permanece, ningún deseo pecami-
noso se acaricia, y el enemigo no tiene nada a que
apelar. Cuando ese trabajo es finalmente hecho,
entonces el creyente está plena y finalmente equi-
pado con el poder de Dios, posee el sábado en ver-
dad, y será habilitado para resistir y ser el instru-
mento por medio del cual Dios derrotará y destrui-
rá la bestia y su imagen, su nombre, y su marca.

Esto además confirma el hecho de que la mera
creencia de que el séptimo día es el sábado de Dios
combinado con la abstención cuidadosa de todo
trabajo en ese día no constituye posesión del sába-

do o significa que uno tiene el sello de Dios. Solamente en quienes el Espíritu Santo ha implantado la vida y carácter de Cristo son santos, guardan el sábado y tienen el sello. Nada menos que esto da a una persona estas cualidades.

El Fin del Conflicto

Aunque la gran controversia ha estado en progreso con incansable intensidad por más de seis mil años, nunca ha habido un tiempo todavía cuando todo el mundo se haya agrupado plenamente en un lado o en el otro. El tiempo cuando más cerca vino a esto fue en el diluvio. Entonces, todos menos ocho, estuvieron ciertamente sometidos al lado de Satanás sin ninguna posibilidad de revertir su posición. Pero no se puede decir que los ocho estaban tan irreversiblemente dedicados a Dios como estaban el resto a Satanás. Sólo un tiempo breve después del diluvio, uno de los hijos exhibió gran simpatía por los principios de Satanás y llegó a ser el progenitor de las generaciones que descendieron a la oscuridad de la iniquidad.

Hoy, existen algunos que están plenamente al lado de Satanás. Ellos han ido más allá del punto sin retorno, pero es muy difícil creer que algunos de los del pueblo de Dios ya están enteramente seguros contra la reversión a los caminos de Satanás. Entre el pueblo fiel de Dios y los reprobados, está la vasta mayoría de los hombres y mujeres

que no han hecho la decisión final ni en una forma o la otra. La mayoría camina a tientas en ignorancia, privados de todo concepto real de lo que trata el gran conflicto. Para la mayor parte, no saben todavía que éste está en desarrollo.

Pero vendrá el tiempo cuando el mundo entero será dividido entre los que adorarán a Dios para siempre y los que nunca se sujetarán a su amor y gobierno. La división proporcional será tal que a la verdad muy pocos estarán con Dios. La vasta mayoría servirá al pecado y Satanás.

“Y la adoran todos los moradores de la tierra cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (*Apocalipsis* 13:8).

Esta profecía sólo estipula dos clases de gente: aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida y los que adoran a la bestia y su imagen. La última clase se hallará en una confederación universal de desafío contra el Creador del cielo y de la tierra. Ellos serán engañados siguiendo al destructor por la mala obra de los demonios, “. . . y van a los reyes de la tierra y en todo el mundo, para reunirlos a la batalla de aquel gran día del Dios Todopoderoso

“Y los reunió en el lugar que en hebreo se llama Armagedón” (*Apocalipsis* 16:14, 16).

“Estos tienen un mismo propósito, y entregarán su poder y autoridad a la bestia.

“Pelearán contra el Cordero, y el Cordero los

vencerá, porque él es Señor de señores, y Rey de reyes: y los que están con él son llamados y elegidos y fieles" (*Apocalipsis* 17:13, 14).

Muchos hay que abrigan el concepto de que la batalla de Armagedón será una batalla entre los poderes políticos de oriente y occidente. En otras palabras, ellos ven una mitad de las naciones opuesta contra la otra mitad. Pero este no es el caso. Todo gobierno sobre la tierra será confederado en una vasta fuerza para confrontar su resuelta ambición y posición apóstata contra el Rey de reyes. Ellos, por supuesto, harán uso de cualquier medida que puedan concebir sus malos corazones. Con ellos, es justificado todo medio para lograr el fin. Será la última expresión de los caminos del hombre como diferente de los de Dios.

Por otra parte, Dios sólo hará guerra en justicia. Esto significa que peleará bajo infinitas limitaciones, con todo comprobará que esa justicia es, sin embargo, más poderosa que la iniquidad.

Inspirados en confianza cuando contemplan la vasta mayoría a su lado y cargados de burlas al evaluar cuán pocos están por la verdad de Dios, audazmente despliegan la bandera del domingo delante del mundo, y hacen alarde de ella ante los rostros de los santos de Dios.

Pero los justos no serán impresionados por números, ni se desaniman por no tenerlos. Ellos miden todas las cosas por el poder de Dios del cual su amado sábado es el símbolo viviente. A la luz

de ese poder, todas las fuerzas opuestas son como nada para ellos.

Hasta aquí, en cada victoria ganada para la causa de Dios, su pueblo, habiendo sido bendecido con grandes conceptos de su gran poder, pudieron medir con exactitud el poder del enemigo. Cuando vieron cuán pequeña fue la oposición en comparación a las estupidas capacidades de su Líder divino, una fe firme surgió dentro de ellos y se equiparon para hacer cosas maravillosas. Por infortunio estos triunfos fueron la excepción más que la regla, la consecuencia de lo cual fue la seria demora de la terminación del conflicto. Sin embargo, cada victoria ganada es un tipo y una seguridad de que cuando el pueblo de Dios por fin avance consistentemente con su poder, la obra será hecha.

La conquista de David del poderoso Goliat es un excelente ejemplo de esto. Antes de su llegada al frente de batalla para abastecer de provisión a sus hermanos, él había contemplado los cielos en las alturas y desde allá la tierra abajo hasta que vio algo del poder creador de Dios, y había aprendido a medir todas las cosas por estas normas. Por consiguiente, cuando el león y el oso atacaba su rebaño, tenía la capacidad para ir contra ellos con el poder del Señor y ganar.

Estas experiencias no iban a ser compartidas por Saúl y sus soldados. Ellos conocían solamente el poder de las armas. Por lo tanto, cuando el gigante filisteo se presentó delante de ellos con el

desafío para descender y pelear, ningún hombre estuvo preparado para ir. Conociendo muy poco, casi nada, del poder de Jehová, sólo podían medir a Goliat con ellos mismos. No tenían ningún problema en ver que no hacían pareja con el enemigo. Así transcurría día tras día, y el problema permanecía sin resolver.

Era una embarazosa situación para Saúl y sus súbditos quienes profesaban ser los seguidores invencibles del Creador del cielo y de la tierra. Ellos tenían un nombre y una reputación para vivir por eso, pero parecía que no importaba los maravillosos logros que honraron a Dios en el pasado, y su gloria y presencia ahora se estaban alejando de ellos. Las promesas estaban en las Escrituras tan claras y brillantes como siempre, pero ninguna evidencia había de que ellas fueran cumplidas en este aprieto.

Entonces David, lleno de ardiente fe nacida de un sentido consciente del poder y presencia de Dios, vino a la escena. Inspirado por Dios, se ofreció como la respuesta a las mofas de Goliat, y, después de rechazar la pesada armadura que el rey ordenó, salió vestido de una liviana túnica pastoril, y armado nada más que de una simple honda.

Goliat, en su total ignorancia del poder de Dios, nada sabía de la fuerza real que venía contra él. David parecía ser nada más que un inexperto, y evidentemente un joven muy tímido confiado de sí mismo que estaba preparado para sacrificar su

vida en una aventura sin esperanza. Por lo tanto, Goliat avanzó hacia el joven, airado porque se le exigía a ser frente a un oponente tan "indigno", y resolvió exhibir su desprecio del insulto al derribar al joven rápidamente. Grande fue la sorpresa de todos cuando, en lugar de la muerte de David, el resultado fue la muerte de Goliat y la completa derrota de los filisteos.

David y el resto de Israel que estaban presentes ese día, eran observadores del séptimo día sábado, pero, mientras David tenía el poder de Dios en él, en un alto grado el resto no. Esto se comprobó por su habilidad total para vencer al campeón filisteo. De manera que el sábado, *como ellos lo guardaban*, estaba separado del poder de Dios y así no podía ser el sábado *como el Señor lo dio*. El verdadero sábado es únicamente hallado donde el poder de Dios está establecido, porque, como ha sido enfatizado en esta publicación, el sábado es el símbolo de la omnipotencia de Dios. Por lo tanto, en ese día de triunfo, David solo demostró posesión del sábado de Dios y, por medio de él no por otro, fue la victoria ganada.

Esta historia será repetida. En el tiempo presente, existen las vastas organizaciones eclesíásticas que defienden el día sábado y están consagradas a terminar el imperio del pecado y a restaurar el reino. Contra ellos están las poderosas fuerzas babilónicas entre las cuales hay gigantes intelectuales que, semejantes a Goliat, desafían al

pueblo profeso de Dios para entablarse en combate. Una vez más, a causa de que la presencia viva de Dios está separada de los que defienden el séptimo día, ellos no tienen la capacidad para hacer frente y conquistar a estos enemigos. El resultado, semejante a aquél en los tiempos de David, es un alejamiento, demorando la terminación de la obra y el establecimiento del reino.

Esta situación no continuará indefinidamente. Así como Dios escogió a David para su importante y futura función, así, en el tiempo presente, El está preparando un pueblo para derribar a los gigantes babilónicos. El entrenamiento implica otra vez la revelación del poder de Dios para que su pueblo tenga una norma por la cual evaluar la capacidad de todos los otros poderes. Cuanto más conozcan ellos la infinita omnipotencia de Jehová, tanto más pequeña aparecerá a sus ojos la confederación.

Durante el tiempo cuando Israel y los filisteos se confrontaron el uno contra el otro, David era un factor desconocido no tenido en cuenta por ninguna de las partes. Saúl esperaba, de algún modo, ganar la victoria él mismo, mientras los filisteos estaban seguros de que la ventaja provista por la presencia de Goliat les aseguraría la ascendencia.

Asimismo, la pequeña compañía que el Señor está preparando para el conflicto futuro no se conoce ni se tiene en cuenta por ninguna de las dos partes. Los exponentes del séptimo día han leído

las declaraciones de Dios que un pueblo guardador del sábado terminará la obra. Confiados en que su respeto por el día correcto de adoración los identifica como esa organización, tienen la certidumbre de que la promesa se aplica a ellos y que solos vestirán la corona de victoria.

Pero estos grandes cuerpos observadores del sábado han fallado en entender que, sin la presencia del poder de Dios, sólo observando el día correcto no los identifica como el ejército de Jehová. Un día ellos serán sorprendidos al hallar que una pequeña compañía de guardadores del sábado surgirá de la oscuridad exactamente como David lo hizo, para ganar la victoria que durante largo tiempo se esforzaron por obtener, y serán premiados con la corona que ellos con tanta ansiedad deseaban. Entonces, demasiado tarde, reconocerán que fallaron en obtener la verdadera idoneidad para su trabajo. Su chasco se convertirá en furia vengativa como se despertó el celo de Saúl contra David hasta que decidió destruirlo. El pueblo de Dios hallará en el fin que aquellos que más cerca estaban a él serán sus peores enemigos.

Para los que se han sacrificado grandemente por la causa y están seguros de un lugar en el cielo, será un día de gran tristeza cuando se encuentren descalificados porque sólo tenían la apariencia y no la realidad de la verdad del sábado.

Cristo estuvo profundamente interesado en este problema. El deseaba que ninguno fuera en-

gañado por la falsa religión sino que todos vieran tan claramente la diferencia para que no descansaran hasta hallar la realidad. Sin embargo, en lenguaje muy claro, advirtió de que la mayoría, vendrían al día final de cuentas para perderse mientras esperaban ser salvos. El dijo:

“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?

“Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (*Mateo* 7:22, 23).

Obviamente entonces, los que serán campeones por el sábado en los últimos días deben entender lo que la verdadera observación del sábado involucra. Únicamente teniendo la capacidad para discutir todas las pruebas de que el séptimo día es el correcto no es suficiente. Este asunto va más profundo que eso. El último conflicto será la cercana contienda entre los poderes espirituales de Dios y Satanás —el sistema divino contra el satánico.

Por lo tanto, sólo aquellos que, semejantes a David, tienen el poder de Dios incorporado en ellos serán usados como los instrumentos de Dios para vencer a los poderes de las tinieblas. Ellos pueden ser pocos en número, pero tan poderosos en Dios que serán invencibles. Nadie será capaz de estar delante de ellos.

Todo verdadero hijo anhela ser un miembro de

esa noble compañía. Esto será una valiosa ambición pero no será lograda a menos que exista el alma diligente investigando para determinar la naturaleza real de nuestra guarda del sábado. Únicamente cuando es experimentado que el poder de Dios está presente en la observancia del séptimo día, puede asegurarse de ser un verdadero adorador.

Hoy es el tiempo para ocuparnos en este completo trabajo. Mañana será demasiado tarde.

El pueblo de Dios son aquellos en quienes está la vida, la justicia y el poder de Dios.

Para los tales queda la guarda del sábado.

Ellos serán el medio por el cual el Señor vencerá a Babilonia, y en cuyas cabezas la corona de victoria será colocada.

Que esta publicación haya clarificado completamente lo que es la verdadera guarda del sábado, para que todos los que la lean sean habilitados para entrar en su reposo ahora y en la eternidad.





Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

De la Esclavitud a la Libertad	F. T. Wright
Los Vivos y los Muertos	F. T. Wright
Confesión Aceptable	F. T. Wright
Los 144.000	F. T. Wright
Los Tres Templos.	F. T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro	F. T. Wright
Reposo del Sábado de Dios	F. T. Wright
Salvación del Niño	F. T. Wright
Reavivamiento y Reforma.	F. T. Wright

El camino Consagrado a la Perfección Cristiana	A. T. Jones
Individualidad en Religión.	A. T. Jones

Carta a los Romanos	E. J. Waggoner
-------------------------------	----------------

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.